

# CAGLIOSTRO

Vicente Huidobro



novela

# Cagliostro

1931

Vicente Huidobro

Vicente Huidobro

*Cagliostro*

[texto impreso] / Vicente Huidobro

1ª edición. Pequeño Dios Editores, 2019

88 páginas. 15 x 22 cm.

ISBN: 978-956-8558-56-7

© Pequeño Dios Editores

Nueva de Lyon 19, departamento 21

Providencia, Santiago de Chile

info@pequeñodios.cl

www.pequeñodios.cl

© Fundación Vicente Huidobro



Fondo Nacional de Fomento del  
Libro y la Lectura. Convocatoria 2018

Proyecto financiado por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura.

Diseño portada e interior: María Fernanda Pizarro

Corrección de textos: Catherina Campillay

Impreso en Chile / Salesianos Impresores

Edición: 2.000 ejemplares.

Santiago de Chile, abril de 2019.

# Cagliostro

1931

Vicente Huidobro

Pequeño Dios Editores

SERIE POPULAR

# ÍNDICE

Prefacio	9
El autor al lector	15
Preliminar	17
Preludio en tempestad mayor	19
Hacia arriba	25
El halo de Estrasburgo	27
Cumbre y tiniebla	49

## PREFACIO

Sin duda alguna todo el mundo ha oído hablar de Cagliostro. Un hombre tan misterioso, rodeado de una vida tan misteriosa, no puede dejar de interesar a las gentes y sobre todo a los curiosos de cosas curiosas.

¿Quién era Cagliostro?

Si buscamos su nombre en un diccionario enciclopédico, el Larousse, por ejemplo, encontraremos las siguientes palabras: “Cagliostro. —Hábil charlatán, médico y ocultista italiano (según se cree), nacido en Palermo y muerto (según se dice) en el castillo de San León, cerca de Roma (1743-1795). Tuvo un gran éxito en la corte de Luis XVI y en la sociedad parisiense de aquel tiempo, desempeñó un gran papel en la francmasonería, estuvo mezclado en varios *affaires* y en el famoso *Affaire* del Collar. Luego se trasladó a Roma, en donde fue condenado a muerte por la Inquisición; la pena le fue conmutada por prisión perpetua”.

Otras enciclopedias dicen que nada se sabe de cierto sobre su origen, ni tampoco sobre su muerte. Otras agregan que se hacía pasar por mago y pretendía fabricar el oro, poseer recetas maravillosas para engrosar las perlas, los brillantes y otras piedras preciosas; también pretendía conocer el elixir de la vida. Según algunos, llevó su audacia hasta sostener que podía adivinar los números de cualquier lotería. En una ocasión afirmó seriamente que hacía más de tres mil cuatrocientos años que vivía sobre la tierra y que viviría aún otro tanto. Para que nada falte a su leyenda, hasta se ha llegado a decir que Cagliostro se creyó capaz de resucitar a los muertos.

Todo el poder extraordinario de este hombre debe atribuirse, según esos autores, a que era un hábil charlatán, un prestidigitador de primer orden; las maravillas que de él se cuentan deben ser atribuidas, dicen ellos, a la sugestión colectiva, porque acaso ese hombre conoció antes que nadie (he aquí una pequeña concesión) ciertos fenómenos de hipnotismo y magnetismo.

Es decir que este mago charlatán, que este mago prestidigitador obraba verdaderos milagros debido sólo a la sugestión colectiva; por lo tanto, no eran verdaderos milagros, sino falsos milagros, milagros fingidos. Hacía creer que fabricaba el oro, hacía creer que poseía la piedra filosofal, hacía creer que engrosaba las piedras preciosas, etc.

Curioso argumento es este que, queriendo destruir hechos maravillosos, los explica por medio de otros hechos no menos maravillosos. Rechazan un extraordinario en nombre de otro extraordinario. Porque es innegable que

un hombre que tiene el poder de sugestionar a toda una colectividad para hacerle ver lo que él quiere que vea es, por lo menos, tan extraordinario como el hombre que fabricara oro, que alargara vida o hiciera crecer las perlas, y que este hecho es tan maravilloso como los otros.

Estos falsos hombres de ciencia de la generación de hace unos treinta o cuarenta años, que no quieren aceptar nada fuera del comer y el digerir, que se encabritan contra todo fenómeno un poco extraño, y que cuando tratan de explicarlo se embrollan y se enredan en sus palabras y en sus razones y al fin dicen tonterías que nada explican, harían reír si no dieran lástima.

No se crea por esto que yo soy un milagroso y que creo en todos los prodigios que cuentan las beatas de aldea. Ni mucho menos. Solamente que me parece que hay muchos fenómenos que no conocemos aún y que, si no se pueden explicar de un modo inteligente, más vale la pena no explicarlos y declarar con franqueza que por ahora no pueden explicarse. Esta actitud me parece más digna y menos ridícula que la de dar mediocres explicaciones. ¿Por qué suponer imposible que los alquimistas de otros tiempos hayan fabricado el oro? ¿Porque es demasiado extraordinario? ¿Y no estamos rodeados de extraordinario? ¿No es tan extraordinario poner un disco en un gramófono y que esa especie de platillo de pasta o de celuloide reproduzca la voz humana? ¿Y la telegrafía sin hilos? ¿Y la televisión? ¿Y todos los fenómenos de la electricidad? ¿Es acaso poco extraordinario el hecho de que un mínimo cable pueda transmitir la fuerza necesaria, desde una dínamo lejano, para hacer correr cientos de tranvías por una ciudad?

Se me dirá, si algunos alquimistas lograron hacer oro, ¿por qué no lo hacen hoy? Bien pobre argumento es este, pues todos sabemos que un invento puede perderse. Hoy no conocemos, con precisión absoluta, cómo Arquímedes quemó desde lejos las naves enemigas. Además, entre los ocultistas las fórmulas no pasaban de mano en mano como pasan hoy entre los hombres de ciencia. Esas fórmulas se expresaban con símbolos intencionalmente oscuros, de modo que sólo los grandes iniciados pudieran descubrir el secreto. Por otra parte, creo que no es muy difícil admitir que un hombre puede haber hecho un invento, puede haberlo presentado a algunos amigos y haberse muerto después sin haber explicado jamás sus experiencias. Nadie negará que esto puede suceder y que pudo haber sucedido. ¿Por qué razón no sería precisamente Cagliostro ese hombre o uno de esos hombres? ¿Quién puede afirmar y en nombre de qué puede afirmarse que Cagliostro no fabricó el oro artificialmente, ni engrosó diamantes, ni adivinó números de loterías, ni curó enfermos desahuciados por otros médicos? Eso sería como sostener que la ciencia en todos los hombres tiene que ser forzosamente igual.

¿Cagliostro, un charlatán? Es posible; todos los médicos son charlatanes. Asistí a una sesión de la Academia de Medicina. ¡Qué magnífica charlata-

nería y qué seguridad en la charlatanería! Leed las memorias presentadas a las academias médicas y a los institutos desde hace sólo cuarenta años a esta parte, haced el cómputo de las teorías discutidas, admitidas y hoy caídas. ¡Qué brillante charlatanería y qué seguridad tan rotunda en la charlatanería!

¿Cuál era la gran pretensión de Cagliostro? Poseer ciertos secretos que desconocían sus contemporáneos, curar las enfermedades del cuerpo y sobre todo las del espíritu para adquirir un real ascendiente sobre los hombres y los pueblos. ¿Con qué objeto? Unos dicen que era el representante visible de ciertas sectas ocultas que perseguían un fin desconocido; otros dicen que sólo quería implantar en la tierra un régimen de mayor justicia social y de libertad de ideas.

El autor de este libro no ha seguido a Cagliostro en todas las peripecias de su vida. Nada os contará de sus viajes a Inglaterra, ni del proceso que tuvo en Londres ante la justicia y en el cual sus mismos acusadores reconocieron que repetidas veces les había dado números de la lotería que habían salido premiados; nada os hablará de su viaje a Rusia y su estancia en la corte de Catalina ni de sus años vividos en Italia. Solamente ha querido contar, en un negro tono menor, su vida y su leyenda en Francia. ¿De dónde venía? ¿Adónde iba? Son cosas que él siempre deseó dejar en el misterio. El autor ha querido respetar este deseo.

Las eternas preguntas que diferentes autores se han hecho sobre Cagliostro deben ser resueltas en un libro más científico que éste.

¿Era Cagliostro un personaje al servicio de una nación o de una secta oculta que pretendía cambiar el régimen político general en Europa?

¿Era simplemente un inspirado o un hombre al servicio de proyectos secretos? ¿Qué mano misteriosa y con qué intención guiaba a tan extraños personajes como Saint-Germain y Cagliostro?

Al decir Cagliostro que él había vivido miles de años y que viviría aún muchos siglos, ¿se refería a un hecho material o se refería solamente al espíritu revolucionario que él parecía encarnar en su tiempo?

La mejor respuesta a estas preguntas y a todas las acusaciones de que su nombre ha sido objeto la encontramos en estas palabras suyas:

«Yo no soy de ninguna época ni de ningún sitio. Fuera del tiempo y del espacio mi ser espiritual vive su eterna existencia, y si me hundo en mi pensamiento remontando el curso de las edades, si yo tiendo mi espíritu hacia un modo de existencia alejada de aquel que vosotros percibís, yo llego a ser el que deseo... Juzgad mis costumbres, es decir, actos, decid si ellas son buenas, si vosotros habéis visto otras de más potencia; entonces no os ocupéis de mi nacionalidad, ni de mi rango, ni de mi religión».

He querido escribir sobre Cagliostro una novela visual. En ella la técnica, los medios de expresión, los acontecimientos elegidos, concurren hacia una forma realmente cinematográfica. Creo que el público de hoy, con la costumbre que tiene del cinematógrafo, puede comprender sin gran dificultad una novela de este género.

De todas mis lecturas y mis reflexiones sobre tan misterioso personaje, ha nacido esta novela-film. Lo que le ha colgado mi fantasía es acaso menos que lo que él pudo hacer y tal vez que lo que él hizo y que nosotros ignoramos. Cuando se tienen buenas espaldas se puede echar carga encima, y la tentación es grande... Sólo se presta a los ricos, ha dicho un psicólogo.

Vicente Huidobro

# EL AUTOR AL LECTOR

Suponga el lector que no ha comprado este libro en una librería, sino que ha comprado un billete para entrar al cinematógrafo.

Así pues, lector, no vienes saliendo de una librería, sino que vas entrando al teatro. Te sientas en un sillón. La orquesta ataca un trozo de música que ataca los nervios. Tan estúpido es... Y debe ser para que guste a la mayoría de los oyentes. Termina la orquesta. Se levanta el telón o, mejor dicho, se corren las cortinas y aparece:

CAGLIOSTRO

por

*Vicente Huidobro* etc., etc., etc., etc., etc.

Luego aparece el subtítulo general explicativo del argumento y lo más breve posible:

## PRELIMINAR

Hacia el final del reino de Luis XV, Francia y una gran parte de Europa estaban invadidas por numerosas sectas secretas, cuya acción, aunque ignorada de la mayoría de las gentes, tuvo una gran influencia en los acontecimientos de la época.

¡Cuántas cosas grandes, cuyo origen no conocemos, nacieron tal vez en oscuros subterráneos donde algunos perseguidos discutían a la media luz de una bujía!

Aquellas sectas tuvieron su origen en el Oriente milagroso, y el poder de lo Oculto preocupaba a los más altos cerebros del Occidente que se entregaban afiebrados al estudio de la Alquimia, de la Magia y de todos los misterios de la Cábala, atraídos por la belleza de esta ciencia olvidada.

Entre los que lograron iniciarse, sólo algunos raros elegidos poseían fuerzas verdaderamente extrahumanas.

La admisión en las sectas implicaba el más absoluto secreto... ¡Ay de aquel que lo divulgara!

## PRELUDIO EN TEMPESTAD MAYOR

Una tempestad siglo XVIII retumbaba aquella tarde de otoño sobre la Alsacia adormecida, sobre la dulce Alsacia rubia a causa de sus hojas y de sus hijas.

Grandes nubes negras y llenas como vientres de focas sobrenadaban en los vientos mojados en dirección hacia el oeste, guiadas por hábiles aurigas. De cuando en cuando el lanzazo de un relámpago magistral vaciaba sobre la angustia de nuestro panorama la sangre tibia de una nube herida.

Era una noche especial para el martillo de los monederos falsos y los galopes de los lobos históricos. A la derecha del lector, la lluvia y la fragua activa de la tempestad; a la izquierda, una selva y colinas.

La selva magnífica se queja agitada por el viento como un órgano o una gruta marina, se lamenta como si todos los niños perdidos llamaran a sus madres. Toda esta página que acabamos de escribir está atravesada por un camino lleno de fango, de charcas de agua y de leyendas.

Al fondo del camino aparecen de pronto dos linternas paralelas balanceándose como un borracho que canta en el horizonte. Una carroza misteriosa, a causa de la forma y el color, avanza sobre el lector al galope compacto de sus caballos, cuyos enormes cascos de hierro hacen temblar toda mi novela.

El cochero, para imitar al cielo, castiga sus potros con los relámpagos de su látigo y la carroza se acerca separando la lluvia como los cañaverales en las grandes llanuras tropicales.

La carroza llega delante de nosotros, muy cerca, a algunos metros de nuestros ojos. La lluvia se encarniza intencionalmente sobre el mayoral. Mi feo lector o mi hermosa lectora deben retroceder algunos metros para no ser salpicados por las ruedas de este misterio que pasa.

De improviso la tempestad crece, los relámpagos calientan nuestros ojos mojados y el rayo, escapándose de su yunque invisible, se desploma sobre un caballo de la carroza enlutada, que se torna mucho más enlutada con un caballo muerto tendido en tierra y los otros dos encabritados de justa indignación. El cochero se ve magnífico en su actitud de detener los caballos espantados. Parece un monarca sobre el carro del Estado al borde del abismo de la Revolución, etc.

Pero si el cochero solo es impotente para dominar la fuga de dos caballos espoleados por el terror, el peso muerto del caballo muerto viene a prestarle ayuda. El exceso de muerte retiene al exceso de vida, ese exceso de vida producido por el pánico y que tiene su origen en la simple electricidad nerviosa.

La extraña portezuela del extraño carruaje cruje al abrirse lentamente y un hombre cubierto con una capa que no deja ver sino sus ojos saca la cabeza de la noche de la carroza a la noche del cielo a fin de saber lo que sucede.

¿Habéis visto sus ojos? Sus ojos fosforescentes como los arroyos que corren sobre las minas de mercurio, sus ojos de repente han enriquecido la noche, ellos son la única luz en el fondo de su propia existencia. Miradlos bien, porque esos ojos son el centro de mi historia y han atravesado todo el siglo XVIII como un riel electrizado.

Sus miradas enérgicas serían bridas suficientes para detener mil caballos desbocados. Su voz fuerte pregunta la importancia del accidente.

El cochero responde humilde, y sus palabras tímidas lamen la mano de la noche.

La tempestad comienza a calmarse como si hubiera satisfecho su hambre con ese simple caballo carbonizado.

El hombre cubierto, el hombre de ojos extraordinarios, desciende de la carroza buscando orientarse. Una vez que reconoce el lugar toma resueltamente un pequeño sendero que trepa hacia la colina. ¡Sendero al fondo de la memoria de los años semejante a una trizadura en el universo!

El extraño personaje a quien siguen nuestros ojos llega a la selva respirando con delicia la fragancia abovedada de los árboles, cuya altura mide levantando la cabeza. Hermosa selva para los misterios y los encantamientos de las palabras arcaicas dormidas en la Cábala.

La selva se hace más misteriosa al contacto de ese hombre de paso firme que la atraviesa y la impregna de su vida y de su calor, hasta que saliendo por el otro extremo, la selva se vuelve pobre y sin interés, los árboles comienzan a tiritar de frío. Atrás se queda la pobre selva. El hombre que la animó un instante, que la hizo estremecerse hasta la médula de los huesos, se aleja ahora y se dirige hacia el fondo del paisaje.

El fondo del paisaje es una casa en ruinas, una especie de viejo lagar abandonado: tres muros sin techo, tres muros roídos por el pico de los años de presa y al medio un vasto patio donde se amontonan piedras, vigas y días enmohecidos.

El personaje de ojos de fósforo al llegar al viejo patio empieza a golpear con el pie el suelo en diferentes sitios. Un sonido hueco le hace detenerse, se inclina a tierra y sonriendo imperceptiblemente busca un instante con la mano y levanta decidido una trampa bastante pesada para un hombre normal.

Una pequeña escalera aparece ante sus ojos, desciende por ella y la trampa se cierra sobre él como una tumba. Entonces el extraño personaje que vamos siguiendo se encuentra en un subterráneo de piedras verdosas y mojadas de recuerdos imprecisos.

Al fondo de la cueva nuestro personaje advierte una puerta, hacia la cual se dirige, la abre y ante él aparece un corredor estrecho que atraviesa resuelto lle-

gando ante otra puerta. Aquí se detiene un instante en actitud de escuchar. De pronto abre la puerta, sin tocarla, con la sola fuerza de su mirada. A sus ojos aparece un gran salón de estilo Edad Media para cinema. En el centro hay una vasta mesa de gruesa madera. Sobre la mesa, cartas geográficas, e inclinados sobre varios países de Europa, doce personajes están sentados alrededor de la mesa. Al ruido de la puerta que se abre, los doce personajes se cubren el rostro con sus cogullas. Aquel que estaba en el extremo de la mesa más próximo a la puerta, desenvainando su espada, avanza amenazante hacia el desconocido, que permanece tranquilo y silencioso, silencioso y tranquilo en el umbral, cubierto con su capa hasta los ojos.

Momento angustioso. Aquí la capa cae lentamente de sus hombros.

El fantasma de la espada se acerca al desconocido, pero este lo detiene en su impulso con una mirada directa al corazón. La espada amenazadora desciende lentamente. Entonces el desconocido vuelve su mirada hacia aquel que preside, el cual tiene en el pecho, dibujada sobre la túnica negra, una cruz con una rosa al medio. Este, sin alzar la cogulla, pregunta:

—¿Quién sois? ¿Conocéis el peligro que corréis aquí?

El desconocido, avanzando dos pasos, responde:

—*Ego sum qui sum*. El peligro es para los débiles. Yo estoy aquí en medio de los rosacruces, ¿no es verdad?

Ante estas palabras el Gran Rosacruz manifiesta su descontento y los otros encapuchados se agrupan a su alrededor como dispuestos a obrar contra el intruso.

—Vuestra vida está en nuestras manos.

—No—responde el desconocido—, sino entre las manos de aquel que se esconde detrás de ese muro, el conde de Saint-Germain.

Todos se vuelven hacia la muralla del fondo, la cual, dividiéndose en dos mitades, empieza a apartarse lentamente, y aparece el conde de Saint-Germain con su barba blanca y su larga túnica tan blanca como la barba, sentado en un trono en medio de una especie de altar rodeado de candelabros con bujías encendidas. Con un gesto majestuoso el anciano detiene la discusión.

El intruso desconocido da algunos pasos hacia el altar y dobla una rodilla en tierra. El conde de Saint-Germain habla con una voz de semidiós:

—En nombre de los hermanos de Occidente, yo saludo a Cagliostro, el enviado del Oriente.

Pronunciadas estas palabras, el conde de Saint-Germain saca de su dedo una hermosa sortija, más antigua que los anillos de Saturno, y, pasándola en el dedo del personaje misterioso, exclama con su acento solemne que parece salido de algún siglo olvidado:

—Conde Cagliostro, yo te he inspirado la orden de venir aquí, porque estoy demasiado viejo y, conociendo tu poder y tu ciencia, te he escogido para

continuar mi misión. Te he inspirado esta orden mientras dormías y te he mostrado en sueños el camino que te conduciría a mí.

Cagliostro se inclina y responde:

—Gracias, gran Maestro, el anillo que me das es el rayo y la llave.

—Dime, conde Cagliostro, ¿cuál es el nombre de tu maestro?

—Mi Maestro se llamaba A.

—Tu Maestro se llamaba L.

—Mi Maestro se llamaba T.

—Tu Maestro se llamaba H.

—Mi Maestro se llamaba O.

—Tu Maestro se llamaba T.

—Mi Maestro se llamaba A.

—Tu Maestro se llamaba S.

—Mi Maestro era el sabio de los sabios.

—Un admirable maestro fue tu Maestro.

—Su ciencia remontaba a Hermes, Enoch y Elías.

—Dime tu divisa.

—L. F.

—Libertad Fraternidad. ¿Cómo harás para propagarla entre los hombres?

—Con el águila y el cordero.

El conde de Saint-Germain toma una pequeña caja de metal en forma de tubo y abriéndola saca un documento que extiende a Cagliostro.

—Aquí encontrarás indicado lo que debes hacer y los nombres de los personajes que pueden servirte. No olvides jamás que la pérdida de este documento arrastraría a la muerte a muchos de tus hermanos.

—No lo olvidaré— dice Cagliostro, y doblando cuidadosamente el documento lo guarda en su pecho, y los dos grandes magos del hemisferio, cara a cara, así como un eclipse de planetas mayores, se dan un abrazo con el signo particular de la secta, signo que no podemos revelar al público bajo pena de muerte.

Cagliostro se dirige hacia los demás personajes, hace con ellos el mismo gesto de saludo; después se dirige hacia la puerta y, en el momento de volverse por última vez, Saint-Germain exclama:

—Espero, Cagliostro, que nuestros hermanos no tendrán que lamentar esta elección.

Cagliostro desde el umbral de la puerta se inclina y sale. Apenas había salido, los rosacruces se descubren y, acercándose hacia el altar preguntan al anciano:

—Dinos, Maestro, ¿quién es este hombre, este hombre que tiene los ojos cargados de estrellas desaparecidas? ¿Dónde ha sido iniciado?

—Sabed que ese hombre viene del fondo de la Historia y que ha conocido el secreto en un siglo tan lejano, que ese siglo, en su camino estelar, ha pasado más allá de Júpiter.

Dirigiéndose a uno de los rosacruces, aquel que lleva sobre la túnica la cruz con una rosa al centro, Saint-Germain continúa:

—Ahora tú sabes lo que debes hacer.

El segundo jefe, alto y delgado, como las sombras que tiende el infinito, inclina la cabeza afirmativamente.

Él ya sabe lo que debe hacer. ¿Qué hará el segundo jefe de los rosacruces?

Afuera, fatigado y sentado sobre el paisaje, el viejo lagar en ruinas, indiferente a todo lo que pasa en su propio seno, parece prestar sus oídos a las sordas discusiones de los astros.

La tempestad ha pasado y la luna espera pacientemente como un iceberg que el sol la haga fundirse en los mares conocidos del cielo.

De improviso la trampa del lagar se abre de nuevo y Cagliostro, saliendo de la cueva, entra en el panorama.

Algunas nubes medio vacías se alejan hacia el redil lejano y las otras yacen enredadas en los picachos como pañuelos de adiós todavía brillantes de las últimas lágrimas.

Encima de alguna rama un búho atento está inclinado sobre la noche. Cagliostro, tomando el mismo sendero que lo condujo al lagar, se dirige hacia su carroza y su destino.

En el camino real la carroza espera inquieta la hora del retorno. El cochero, soñoliento, sacudiendo la cabeza de un lado a otro de la noche, espera la llegada de su amo, y el caballo muerto, desatado de su fatalidad, espera las leyes de la descomposición.

Cagliostro aparece de pronto en el sendero hacia la carroza. A medida que se acerca parece que se agranda de un modo increíble. Llega, sube y la carroza parte al galope. Al fondo del camino, cuando está muy lejos, no se ve sino el pequeño tragaluz detrás, en forma de almendra, como un ojo sonriente entre la tierra y el cielo. Después una nube especial desciende hasta el suelo para ocultarla a la curiosidad humana.

Así fue como Cagliostro apareció en Europa. Surgió de una carroza negra viniendo del misterio hacia Francia en medio de la noche.

¿De dónde venía? Ya lo he dicho, venía del infinito en una carroza en medio de relámpagos, al revés del profeta Elías, que de la tierra subió al cielo en un carro de llamas. Venía de lo más profundo de la leyenda. Del fondo de algún designio poderoso, atravesando todos los siglos al trote de sus caballos y sacudiendo el tiempo con el crujido de su carroza sobre los caminos olvidados.

Apareció en la Historia de repente entre dos truenos.

**HACIA ARRIBA**

## EL HALO DE ESTRASBURGO

Desde hace algunos meses se ha instalado en la ciudad de Estrasburgo un sabio misterioso, célebre por sus curaciones extraordinarias.

Toda la ciudad no hace más que hablar de él y el relato de sus maravillas llena de piedras preciosas los ojos de los ciudadanos.

Su casa es una casa como todas las casas. Está situada en una calle que es como todas las calles, solamente que adentro habita un mago, un hechicero con un laboratorio de alquimista, una sala de espera y una gran cámara donde nadie puede poner el pie; entonces, por este solo hecho, la casa se ha convertido en una casa diferente de todas las casas y la calle en una calle diferente a todas las calles. La calle del médico que sana.

Un halo de milagro rodea la casa, extendiéndose sobre toda la calle, prolongándose en la ciudad, luego en el país y luego en la Europa entera, siguiendo los cuatro puntos cardinales.

Todas las miradas y todas las conversaciones convergen en esa casa. La admiración, la curiosidad, el entusiasmo popular besan sus muros como la luna que se detiene fatigada.

La sala de espera está siempre llena de gente. De sus muros cuelgan más exvotos que en las capillas de los puertos frente a los naufragios continuos y que en los lugares de peregrinajes célebres.

Es un día de media estación. En la sala de espera algunos enfermos aguardan aún su turno, con los ojos brillantes de buen presagio, esos ojos abiertos al imposible que no se habían visto en el mundo desde los tiempos del Mesías.

En la pieza contigua al laboratorio y sala de recibo, Cagliostro trabaja sentado junto a su mesa, consultando viejos manuscritos y raros infolios, rodeado de paquetes de hierbas, de cajas, de frascos de drogas y de innumerables alambiques. Todos los instrumentos de un verdadero mago alquimista.

Se oyen tres golpes secos en la puerta y aparece en el umbral el fiel sirviente del mago, un joven egipcio llamado Albios, que viste según la moda de su país. Criado y a la vez ayudante de su amo, Albios posee la finura de su raza y una cierta ciencia infusa, un conocimiento grabado a *priori* en el pecho como en las piedras de sus pirámides natales. Al oírle entrar, Cagliostro levanta la cabeza aún sumida en sus alquimias, semejante a un sonámbulo que vuelve de un mundo lejano.

—Los enfermos esperan —anuncia Albios.

Con un gesto breve el mago le hace comprender que puede hacerlos pasar. Albios se retira mientras su amo prepara las últimas drogas.

Se oyen otros tres golpes secos en la puerta y Albios aparece otra vez conduciendo un enfermo tendido sobre una camilla llevada por dos hombres. La madre del enfermo, con el rostro surcado por una última esperanza, se arroja de rodillas delante de Cagliostro. Los dos hombres se retiran. La mirada de la madre suplica al infinito. El infinito es Cagliostro, que se acerca para examinar al enfermo. Algunos signos cabalísticos se dibujan en el aire y caen como anillos astrales sobre el cuerpo del paciente, que cierra los ojos y se duerme.

Cagliostro cogiendo un frasco vierte el contenido en la boca del enfermo. Después pasa su mano sobre los ojos dormidos que, volviendo de quién sabe qué misterios estelares, se abren y se posan angustiados sobre el mago. Cagliostro sonríe con una sonrisa de varilla mágica y exclama:

—Ya estás sano, levántate.

La madre se inclina sobre el hijo, que empieza a moverse como un moribundo, como un ser que ya en las puertas del más allá se siente coger por una fuerza extraordinaria que le vuelve otra vez a la Tierra. Las miradas ansiosas del enfermo van del mago a la madre y de la madre al mago. Las miradas ansiosas de la madre van del hijo al mago y del mago al hijo. Entre los hilos de esas miradas que se cruzan, el milagro tiembla como una araña inmensa.

*(Araignée du soir, espoir...)*

—Levántate y anda. Levántate y anda, nuevo Lázaro, mi Lázaro.

La voz de Cagliostro es enérgica y a su llamado una bandada de ecos milenarios parece animarse y venir de algún punto lejano perdido en los fondos de la Historia y de la Geografía.

El joven enfermo se anima, trata de encontrarse adentro de su cuerpo, sus movimientos se hacen más precisos.

—Levántate y anda... Te ordeno que te levantes.

El aire de la sala vibra y brilla cargado de electricidad como un diamante. El milagro suspende su estrella sobre las cabezas.

—Levántate. Ya. Ya. Levántate.

El enfermo yergue la cabeza, se sienta, mueve las piernas. Se levanta.

—Ven, ven a mis brazos, junto a mi corazón, mi Lázaro. Ven hacia mí. Yo te amo porque eres mi criatura. Ven hacia mí —grita Cagliostro con los brazos grandes abiertos, más abiertos que un horizonte de creencias sin nube.

El enfermo da algunos pasos temblorosos y cae sobre el pecho del mago, que lo estrecha tiernamente, mientras la madre se arroja de rodillas a sus pies besando el borde de sus vestidos.

Cagliostro pone fin a esos gestos de admiración y gratitud casi idólatras, aunque espontáneos y naturales. Ayuda a levantarse a la pobre mujer y, tendiéndole algunas monedas, la reconduce hacia la puerta. Después del mila-

gro el mago hacía también la caridad. No olvidaba jamás esos detalles que podían hacerlo amar de las gentes, y no solamente amar, sino hasta divinizar.

El enfermo, entre la madre y Albios, radiantes de sol y de alegría, pasa a la pieza vecina. Allí los otros enfermos que esperan su turno se levantan al paso del baldado, lo rodean estupefactos gritando:

—¡Milagro! ¡Milagro! Le ha sanado. Y ya parecía muerto. ¡Milagro! ¡Milagro!

Albios coge de la mano a un ciego que se debate en medio de un grupo y entra con él en el laboratorio de Cagliostro.

El ciego guiado por Albios aparece en el umbral de la puerta. Cagliostro le hace tomar asiento junto a su mesa de trabajo. Coge una caja con una pomada que combina en sus manos con hojas de hierbas. Frota los párpados del ciego levantándolos de cuando en cuando como el telón de un teatro sin vida donde ningún espectáculo ha dejado trazas.

De pronto Cagliostro se detiene en su operación y alza la cabeza con signos de inquietud. ¿Qué sucede? Coloca la caja del unguento sobre la mesa y se precipita hacia la alcoba contigua que se encuentra detrás de su sitio habitual. La alcoba misteriosa donde nadie puede entrar.

Es la alcoba de Lorenza, la esposa del taumaturgo. Lorenza lee sentada en un sillón en medio de la alcoba.

Al sentir que Cagliostro se acerca, aun antes que él haya abierto la puerta y corrido las cortinas, Lorenza se levanta con el rostro convulso y los ojos llenos de espanto, huye como queriendo esconderse en el rincón opuesto, se acurruca sobre el diván.

La puerta rechina al abrirse, las cortinas se separan y Cagliostro, apareciendo, dice a su esposa:

—Lorenza, amiga mía, ¿por qué siempre me huyes?

Lento y triste se acerca a ella.

Lorenza, por el terror que va aumentando en sus ojos abiertos, indica el aproximarse del mago, como si cada uno de sus pasos se posara en sus pupilas.

Cagliostro llega junto a ella, la mira con dulzura y súbitamente, como espantando una idea, coloca sus manos nerviosas sobre la frente de la mujer, que cae hipnotizada.

Un cambio brusco se opera en el rostro de Lorenza, que se vuelve sonriente y va hacia él atraída por su fuerza. Es una mujer joven, de tipo italiano, es hermosa. Ah, sí, es hermosa, morena con grandes ojos negros llenos de luz y de gracia.

(Lector, piensa en la mujer más hermosa que has visto en tu vida y aplica a Lorenza su hermosura. Así me evitarás y te evitarás una larga descripción).

Cagliostro la conduce, como arrastrada por la cadena de su mirada, hacia el mismo sillón en que acabamos de verla leyendo y la hace tomar asiento.

—Dime, querida Lorenza, ¿qué sucede? ¿Qué pasa? He sentido fluidos contrarios que llegaban en torno mío.

—Amigo mío, tu fuerza es tan grande que no tienes nada que temer. Sin embargo, si tú ordenas...

Cagliostro posa sus manos sobre ella y le ordena hablar:

—Ve a casa del conde de Sablons y dime lo que pasa. Obedece.

Como una sonámbula, con la cabeza echada atrás, casi automáticamente, Lorenza empieza a hablar:

—Veo en casa del conde de Sablons... Sí, sí, veo en la biblioteca del conde..., hay una reunión..., aguarda..., se discute sobre ti..., espera, espera. El conde de Sablons, la marquesa Eliane de Montvert, el príncipe de Soubise, el prefecto Gondin, Madame Barret, el doctor Ostertag, el príncipe Rolland y Marcival... Madame Barret se acerca al conde de Sablons y al prefecto..., espera..., oigo, ella dice:

—Perdóname, conde, pero según mi opinión ese hombre no es más que un charlatán.

»El doctor Ostertag se acerca afirmando que piensa lo mismo. Dice que no cree en la ciencia de los magos. De Sablons responde..., espera, espera..., De Sablons dice:

—En todo caso, desde que él ha llegado a Estrasburgo, en toda la ciudad no se habla de otra cosa que de sus prodigios. —Mostrando al príncipe de Soubise, el conde agrega—: Aquí tenéis al príncipe de Soubise, condenado a muerte por todos los médicos que lo habían visto y que, gracias a él, se encuentra hoy completamente sano.

»El príncipe de Soubise confirma las palabras de su amigo y parece contento y reconocido. En otro grupo el príncipe Rolland habla agitado con la marquesa de Montvert. No logro oír lo que le dice. Ella no parece escucharlo y volviendo los ojos del lado en que se encuentra Marcival, con mucho interés, la oigo que pregunta:

—¿Vuestra opinión, Marcival?

—Pienso, marquesa, que es un hombre que posee fuerzas desconocidas de la mayoría de los hombres.

Lorenza repite lentamente las escenas que ve y las palabras que escucha, mientras Cagliostro, con sumo interés, no pierde una sola de sus frases.

—Continúa, Lorenza; no te detengas, continúa.

—Oh señor, el prefecto Gondin toma un aire furioso, parece desafiarte en medio de la sala. Va hasta la puerta del fondo y vuelve con un aire irritado. Ahora habla. Le oigo que dice:

»En mi calidad de teniente de policía de la ciudad, yo os digo que es un hombre peligroso y que, tarde o temprano, caerá en mis manos.

Cagliostro aprieta los puños con un gesto de cólera y exclama:

—Espera, Lorenza, sigue durmiendo tranquila, repóstate un momento. Cagliostro sale rápidamente de su casa.

\*\*\*

En la casa del conde de Sablons, sus comensales siguen discutiendo con calor. Cada uno opina de un modo distinto y se puede ver claramente a los dos grupos divididos: los partidarios y los enemigos del mago. En medio de ambos grupos, resalta la figura noble y esbelta de Marcival, sus ojos místicos llenos de flores luminosas, su actitud serena, sus maneras finas y reservadas. Es un hombre impenetrable. No tiene necesidad de hablar; con un solo gesto domina toda la escena, ennoblece el ambiente con una sola palabra de sus labios.

La marquesa de Montvert lo mira con ojos de amor y, preocupada únicamente de él, no presta atención a las frases apasionadas que le lanza el príncipe Rolland, el pobre príncipe cada día más enamorado de ella y ella cada día más sorda a sus ruegos.

En vano De Sablons trata de hacer oír la voz de la cordura. Inútilmente se agita y va de unos a otros. Es un hombre pequeño, de unos cincuenta años, de ojos vivos y mirar franco.

Bruscamente, en medio de la discusión general, el prefecto Gondin se levanta y, golpeando la mesa con su puño, grita con aire de desafío:

—No me disgustaría ver de cerca a ese famoso Cagliostro. Apenas ha pronunciado estas palabras cuando la puerta del fondo de la sala se abre y Cagliostro aparece en el umbral, misterioso y sonriente, contemplando el efecto producido por su aparición.

—Me ha llamado usted, señor..., si no me equivoco.

Ante estas palabras de Cagliostro, la estupefacción, casi el miedo, se pinta en todos los rostros. Sólo Marcival, sereno y frío, contrasta con los otros personajes que contemplan al mago y se contemplan entre sí.

Cagliostro se dirige hacia Gondin:

—En vez de perder su tiempo en atacarme, señor teniente de policía, haría usted mejor corriendo a su casa en donde alguien en este mismo instante trata de penetrar para apoderarse de ciertos documentos importantes.

Gondin mira turbado, más que turbado, aterrorizado, y se dirige a Cagliostro marchando hacia la puerta. Al pasar junto a su nuevo rival, le lanza estas palabras:

—Corro, señor conde Cagliostro, aunque no sea sino para constatar sus facultades adivinatorias.

El teniente de policía desaparece rápidamente cerrando la puerta tras él.

A su vez Cagliostro insinúa el gesto de saludar y de partir, pero el conde

de Sablons y sus amigos se llegan a él y le ruegan quedarse un instante con ellos. Cagliostro acepta y tiende la mano a las personas que conoce: el príncipe de Soubise, Madame Barret, el doctor Ostertag.

El conde de Sablons le hace los honores de su casa; conduce a Cagliostro junto a la marquesa de Montvert y al príncipe Rolland, que no se despega de su lado.

—Conde Cagliostro —dice—, os presento a la marquesa Eliane de Montvert, la más hermosa entre las mujeres de la corte de Francia.

Después, señalando al príncipe Rolland:

—Y el príncipe Rolland, que no espera sino una prueba de vuestro poder para convertirse en el más fiel de vuestros adeptos.

El príncipe y la marquesa ruegan a Cagliostro con insistencia y curiosidad quiera darles una prueba de su ciencia. Cagliostro rehúsa con falsa modestia.

—Nosotros queremos creer en usted —dice Eliane—; tanto hemos oído hablar de su poder extraordinario y de sus milagros.

—Ah, sí, conde Cagliostro, nosotros queremos creer en vuestros prodigios —confirma el príncipe Rolland—. Dignaos hacernos una demostración de vuestras facultades.

Marcival, calmo e impenetrable, contempla la escena, apoyado sobre la vieja chimenea de mármol, y no parece acordar grande importancia a la curiosidad de sus amigos.

El conde se acerca con Cagliostro.

—Os presento al señor Marcival, hombre enigmático que posee todas las lenguas y que sabe largo sobre las ciencias y las filosofías.

Cagliostro y Marcival se estrechan la mano. Marcival vuelve a su actitud anterior a la presentación. Cagliostro y el conde se dirigen al grupo de la marquesa.

En un rincón, Madame Barret y el doctor Ostertag complotan en voz baja entre sus narices. El doctor dice al oído de su interlocutora:

—Voy a jugarle una mala pasada para desenmascararlo ante sus admiradores. Arréglese usted de manera de hacer venir aquí a uno de mis sirvientes.

Madame Barret comprende, aprueba sonriendo y sale de la biblioteca.

La marquesa de Montvert junto a Cagliostro continúa rogándole hacer una demostración de su poder y de su ciencia.

—Puesto que su poder es tan grande, conde, hágame ver a alguien de mi familia que esté muerto o lejos de aquí. Para usted esto no debe ser difícil, y para mí sería cosa única en mi vida, algo tan grande, una prueba tan irrefutable, que no permitiría a nadie dudar de su poder.

Cagliostro inclina la cabeza en signo de asentimiento y pide al dueño de casa tenga la bondad de hacer la obscuridad en la pieza. Este se levanta,

apaga las bujías, dejando la sala en una penumbra con raros efectos de luz pálida, ramajes de reflejos sobre la mesa en donde coloca la única bujía y sobre el sillón en donde debe sentarse Eliane según le indica Cagliostro.

El conde de Sablons, habituado a estas escenas, va hacia la chimenea, coge una gran pecera llena de agua y la coloca sobre la mesa ante la marquesa, que sigue con ojos curiosos todos sus movimientos.

En este instante, Madame Barret, que vuelve a entrar en la sala, se acerca con Rolland, De Soubise y De Sablons a la mesa de la experiencia.

Marcival, desde su rincón, sigue la escena con un gesto lejano y desinteresado. El doctor Ostertag, al oír las palabras que Madame Barret susurra a su oído, se frota las manos y sonríe irónicamente.

Cagliostro, de pie detrás de Eliane, coloca su mano derecha a una cierta altura entre la pecera y la cabeza de la experimentadora. Puede verse en el rostro de la marquesa que la duda desaparece para dejar sitio al interés, a medida que se acerca progresivamente a la pecera en la cual se ven aparecer dos hombres que se baten en un duelo a espada.

En un rincón del jardín, al pie de una escalera, los duelistas muestran su habilidad y su costumbre militar en el manejo de las armas. Ambos parecen pertenecer a la nobleza. El vigor de la lucha, las paradas y los asaltos repetidos no se debilitan un momento, hasta que uno de ellos cae al suelo herido en la cabeza.

En este instante se diría que todo el salón se llena con el rostro trágico de Eliane de Montvert. Al interior de la pecera la cabeza del herido se agranda, se vuelve enorme, enormemente enorme, desborda de la pecera y ocupa toda la escena. La cabeza sola, con una herida en la frente, abierta, chorreando sangre, la cabeza es como un muro ante nuestros ojos.

Eliane exhala un grito de terror:

—Mi marido... MI MARIDO.

Y cae desvanecida. Todos se precipitan hacia ella y encienden las bujías.

Marcival, acercándose a Cagliostro, le dice con tono severo:

—Le ruego, conde Cagliostro, ponga fin a estas experiencias peligrosas.

Sorprendido Cagliostro clava un instante su mirada en el que se atreve a hablarle en semejante tono y corre a ocuparse de la marquesa, que sus amigos han extendido sobre un diván. El mago la despierta y trata de calmarla cogiéndole las manos y haciendo pases magnéticos encima de su rostro. Eliane tiembla y llora como poseída de una crisis nerviosa. Sus ojos se fijan en Cagliostro.

—¿Es usted un ángel o un demonio?... Mi pobre marido murió en un duelo hace cuatro años.

Marcival, que se ha acercado a la marquesa, le ruega no hablar y reposarse un instante.

Por la puerta del fondo aparece un criado. Al verle aparecer, Madame Barret hace un signo a Ostertag y ambos se precipitan hacia la puerta, en donde cambian algunas palabras en voz baja; después vuelven en silencio, con una sonrisa de triunfo en los labios.

\*\*\*

Al otro lado de la puerta, en un ancho corredor, un hombre aguarda. Es un sirviente del doctor Ostertag. El criado del conde de Sablons aparece por la puerta saliendo de la sala biblioteca, se acerca al otro y le transmite las órdenes recibidas. Al oír las éstas toma un aire compungido y colgado del brazo del otro se dirige hacia la biblioteca.

\*\*\*

Al entrar en la sala biblioteca los dos criados se acercan al doctor Ostertag. El enfermo hace un gesto rápido a su amo, indicándole que ha comprendido su papel. Ostertag se dirige hacia Cagliostro, que charla animado en el grupo de la marquesa, ya repuesta de su crisis.

—Mi querido mago —dice el doctor—, querría consultarle acerca de un enfermo que presenta un caso verdaderamente extraño.

Cagliostro acepta y, volviéndose hacia el enfermo, que se acerca lentamente, le mira los ojos, le coge las manos, lo examina un instante y sonríe sacudiendo la cabeza con un gesto vagamente afirmativo. Todos los invitados se agrupan curiosos en torno. Madame Barret pregunta:

—¿Qué tiene este hombre, conde Cagliostro?

Cagliostro vuelve a mirarlo, le hace girar sobre sus talones dos o tres veces, luego, sacudiéndolo con rudeza, exclama fijando sus ojos en el vacío:

—Demasiada bilis en el vientre del doctor Ostertag.

Pronunciadas estas palabras, se inclina en signo de adiós y sale rápidamente de la sala, cerrando la puerta tras sus pasos.

El doctor Ostertag se muerde los labios y su amiga Madame Barret parece inconsolable del triunfo del mago. Los otros se burlan de las suspicacias y del fracaso del doctor.

\*\*\*

Durante este tiempo, en el laboratorio de Cagliostro el ciego continúa esperando con paciencia la vuelta del sabio. A su lado, Albios trata de distraerlo contándole mil aventuras y proezas de su amo.

Cagliostro aparece en el umbral de la puerta que da hacia la pieza del

fondo. Coloca su sombrero y su capa sobre una silla, coge de nuevo sobre la mesa la caja de pomada y recomienza la operación interrumpida.

—Excusadme, amigo mío, pero un accidente me obligó a abandonaros algunos instantes —dice la voz de Cagliostro, siempre afectuosa cuando se dirige a los humildes.

\*\*\*

Afuera, en las calles de la ciudad, los murciélagos se cruzan en el aire, tratando de atraer la noche.

La noche obedece y cae bruscamente, pesada como una gran nube negra, sobre toda la Alsacia y quizás sobre todo el mundo.

*No lejos de allí, en otro sitio de la ciudad, las visiones del profeta se cumplían también.*

En el gabinete del prefecto de policía Gondin, una luz se pasea en la obscuridad, y el fantasma que la pasea, con el rostro cubierto, registra los cajones de los muebles y del escritorio del prefecto, sin preocuparse mayormente del desorden que va dejando.

En el mismo momento en que el fantasma coge un documento y lo esconde en un bolsillo, la puerta del gabinete se abre y aparece el prefecto con uno de sus ayudantes llevando un candelabro iluminado.

El ladrón salta por la ventana y huye al ver abrirse la puerta. Al lanzarse sobre su traza, el prefecto se enreda en una silla y cae al suelo. Se levanta rápidamente con la ayuda de su criado y corre a la ventana, pero ya es demasiado tarde. El ladrón ha desaparecido.

Gondin, desesperado, recoge los papeles esparcidos por el suelo, busca nerviosamente, por todas partes, el documento que le interesa y que ha desaparecido. Viendo que se lo han robado, el prefecto coge su sombrero y sale precipitado con gesto de furor. Su sirviente vuelve a inclinarse mirando hacia todos lados por la ventana. La obscuridad de la noche, impenetrable a sus miradas, tiene una risa de burla.

\*\*\*

En su laboratorio Cagliostro termina sus operaciones con el ciego. Le coloca una venda en los ojos, le tiende la caja con el bálsamo que debe obrar el prodigio, sin olvidar tampoco el bálsamo de sus palabras:

—Tres días aún y estarás sano.

Precedido de Albios, acompaña al enfermo hasta la antesala y, viendo las gentes que esperan todavía, dice a su criado en el momento de cerrar la puerta:

—Nadie más por hoy.

Cagliostro vuelve a su mesa de trabajo. Los viejos libros y los raros manuscritos encantan su vida. Hundido en ellos podría pasarse años enteros. Basta mirarlo para comprender cuánto le atraen las cosas extraordinarias que descubre entre los símbolos oscuros.

Lee y experimenta, estudia y aplica sus hallazgos, controla sus descubrimientos. Coge un frasco y vierte en otro algunas gotas de su contenido; después agrega pequeñas cantidades de un polvo oscuro. A la luz de una lámpara contempla con curiosidad el resultado.

Levanta la cabeza, una vaga sonrisa se dibuja en sus labios. Con sumo cuidado coloca los frascos sobre la mesa y se dirige en puntillas hacia la puerta que da a la antesala exterior. Coge la españoleta, se detiene un instante para escuchar y de repente abre la puerta quedando escondido detrás de ella. El prefecto Gondin, arrastrado por su propio impulso, se precipita adentro, llegando más allá de la mitad de la pieza.

Cagliostro lo contempla diabólico:

—¿A dónde va usted así, señor teniente?

El prefecto se vuelve bruscamente, con los ojos exorbitados. La inquietud se pinta en su rostro. Su mirada ahora se torna suplicante.

—Tenía usted razón... me han robado un documento de la mayor importancia. Le suplico que me ayude a encontrarlo.

Cagliostro, como el juez que deja caer su sentencia, responde apenas:

—No haré nada por usted, señor Gondin. Esta será mi única venganza.

Los dos hombres se quedan mirando fijamente y los floretes de sus miradas al chocarse en el aire hacen saltar todas las chispas del odio.

\*\*\*

Cada vez más excitado contra Cagliostro, el prefecto de policía Gondin no puede resignarse con su derrota. Al día siguiente, después de los acontecimientos que acabamos de contar, reúne en su gabinete al doctor Ostertag y a Madame Barret. El trío enemigo de Cagliostro, decidido a trazar un plan para perderle.

El prefecto, con una cólera manifiesta, se pasea de un extremo a otro de la sala, contando a sus amigos el último episodio de la noche anterior. Madame Barret y el doctor le incitan a obrar con energía. Es preciso dar un golpe decisivo y saber a qué atenerse con relación a semejante brujo. Brujo, sí, dice la buena dama indignada, tal vez despechada por alguna causa inconfesable o bien porque el mago no quiso ayudarla en algún asunto personal. Su fama de intrigante era bien conocida en toda la ciudad.

«Es preciso una vez por todas poner fin a las vacilaciones», piensa Gondin, y, realizando su pensamiento, toma una determinación. Se dirige a su

escritorio, coge una hoja de papel y empieza a escribir. De cuando en cuando, levanta la cabeza para decir a sus amigos:

—Ya verán ustedes, ya verán...

\*\*\*

En la alcoba de Lorenza, Cagliostro junto a ella le reprocha dulcemente su frialdad para con él.

—Tú no me quieres, Lorenza, sino cuando estás bajo el imperio de mis fuerzas. A pesar de toda mi pasión por ti, tú no me quieres.

Ella le mira a veces con terror, otras veces con compasión, pero se adivina claramente que preferiría no verle y huir lejos de él.

—Si yo te dejara seguir los impulsos de tu corazón, tú huirías lejos de mí... y, sin embargo, tú sabes bien que yo te quiero, que tú eres toda mi alegría, mi única adoración en el mundo. Además, sabes que tengo necesidad de ti, que sin ti no podría realizar mis proyectos, mis grandes proyectos.

—Tus ambiciones, querrás decir, tu sed de dominio.

—No, Lorenza, mis planes humanitarios. Es posible que haya todavía en mi espíritu deseos de ambición, pero no olvides que ninguna palanca es despreciable. Recuerda que en otros sitios fuiste tratada como reina, y los homenajes y las atenciones de todos no te disgustaban; muy al contrario.

—Sí, pero entonces yo no os temía como ahora. Ahora creo que tenéis pacto con el diablo. Os he visto hacer tantas cosas extrañas. ¡Ah, Dios mío, yo no quiero condenarme por vos! Antes os amaba, mi corazón os pertenecía; pero podéis decirme, ¿cuándo os habéis preocupado de mi corazón? Antes os amaba...

—¿Ahora ya no?, ¿no tienes por mí ningún sentimiento de cariño?

—Ahora no. Ahora os creo el demonio y siento que vendrá un día en que os detestaré.

—Calla, mujer, calla. ¿Yo el demonio?

—Hacéis cosas tan extraordinarias, que no puedo espantar esta idea de mi espíritu.

—Lorenza, quiero que me ames. Mírame, ¿no ves que mis ojos ante ti están siempre arrodillados?

—¡Ah! Tus ojos, tus ojos feroces..., tus ojos que tienen garras.

—Quiéreme como yo te quiero y te haré reina del mundo.

Lorenza le lanza de cuando en cuando una rápida mirada miedosa. Al fin, decidida:

—Qué me importa ser la reina del mundo si debo perder mi alma para siempre. Os juro que solamente por la imposición de vuestra fuerza diabólica estoy ligada a vos. En el fondo de mi alma empiezo a odiaros.

Cagliostro, que adora a su mujer, recibe estas palabras como una puñalada. La herida sangra, sangra y sobre todo el rostro del mago se refleja el dolor de la herida.

Es difícil dominar el amor. La lucha entre el amor y la ambición es implacable.

—Hablas como una colegiala. ¿Qué significa eso de perder tu alma? ¿Qué es eso de que yo soy el demonio?

—No sé, no sé. A qué discutir sobre cosas en que no podremos entendernos. No os amo, y esto basta. He perdido la confianza que tenía en vos.

—No me amas. Está bien, pero necesito de ti.

Yendo hacia Lorenza, Cagliostro le coge la cabeza entre sus manos y clava en ella sus ojos electrizados, viéndola caer inanimada bajo su poder. Se le oyen estas palabras:

—Puesto que no logro hacerme querer por mi ternura hacia ti, me amarás por mi fuerza.

Entonces, le da un beso en la frente. Al verle allí junto a ella, al sentir toda la potencia del mago, Lorenza se torna afectuosa, se abandona en actitudes dulces y cálidas. Él la acaricia, le besa las manos. Pero cualquier observador vería que está conteniendo su pasión, que no quiere ir demasiado lejos. Tal vez por la imposibilidad de tomar dignamente un amor no compartido, tal vez porque sabe que esa mujer, al perder su virginidad, perdería las cualidades excepcionales que hacen de ella un instrumento precioso.

El amor es peligroso, hace olvidar las otras preocupaciones, aun las cosas de una importancia decisiva en la vida de los nombres.

Cagliostro contempla a Lorenza, toda entregada a él, convertida en un juguete entre sus manos, sin voluntad, sin defensa posible. Se acerca a ella y le dice afectuosamente:

—Lorenza, amor mío, dime lo que está pasando en este momento en casa de Gondin.

—¿Tú me lo ordenas? —responde Lorenza, pálida y como dormida.

—Sí, te lo ordeno. Anda allá y dime lo que ves.

Lorenza empieza a hablar como desde otro mundo.

—Están atando una carta en la pata de una paloma... El teniente de policía, Madame Barret, el doctor Ostertag...

Cagliostro sigue atentamente la narración de Lorenza.

\*\*\*

Junto a la ventana del gabinete del prefecto Condin, este, acompañado de los inseparables enemigos de Cagliostro, el doctor Ostertag y Madame Barret, ata la carta que acaba de escribir a la pata de una paloma.

La inocente paloma llevará un mensaje, acaso una sentencia, acaso una condena.

Gondin coge la paloma delicadamente y en el borde de la ventana le da la libertad. La paloma parte como una flecha, es decir, partiría como una flecha, si esta comparación no fuera demasiado usada.

Satisfecho, el trío la mira alejarse.

\*\*\*

En la misteriosa alcoba de Lorenza, la esposa del mago continúa su relato, sentada en un gran sillón, la cabeza echada atrás, inmóvil, los ojos hipnotizados fijos en el techo. Cagliostro, junto a ella, sonríe.

Como movida por un resorte Lorenza se levanta, coge el brazo de Cagliostro y lo arrastra hacia la ventana, que ella misma abre. Lorenza mira hacia el cielo. Ha visto. Cagliostro mira y ve también.

La paloma mensajera, con el papel atado a la pata, prosigue su camino celeste de nube en nube.

\*\*\*

En el primer balcón, el trío del doctor Ostertag sigue ansioso el vuelo de su prudente emisario.

En el segundo balcón, Cagliostro, con una enorme sonrisa de triunfo en los labios, hace pases magnéticos en el aire en la dirección de la paloma.

Es un duelo entre los dos balcones.

Las dos ventanas abiertas toman aquí una vida propia, una vida humana, una vida trágica, llena de expectativas y de angustia.

La paloma en el cielo es un punto de convergencia de todas las miradas de la tierra. Entre todas esas miradas hay una que se destaca, poderosa y feroz, semejante a un lazo que atrae y aprisiona: la mirada de Cagliostro.

La paloma se desorienta, empieza a dar vueltas, a girar en torno de un eje invisible. Ha perdido su ruta. Cagliostro levanta las manos hacia ella y las recoge con fuerza hacia atrás, como si tuviera el hilo de un volantín entre sus dedos.

La paloma se siente cogida de un vértigo especial, desconocido; pierde la orientación, atraída por la fuerza del mago; se precipita descendiendo rápidamente por el camino de su mirada, como si la hubiera alcanzado una bala. Cae en la ventana de la alcoba de Lorenza.

Cagliostro la recibe en sus brazos.

La segunda ventana ha triunfado de la primera. Cagliostro, con la paloma entre las manos, conduce a Lorenza a su asiento, desata la carta, la examina

por todos lados, la pone contra la luz. Luego la coloca sobre la frente de Lorenza, pidiéndole:

—Léeme este mensaje.

La cabeza de Lorenza se agranda a nuestros ojos, hinchada por la curiosidad general. Su rostro se torna fluídico y la carta toma el sitio de su frente de tal modo que se pueden leer por transparencia las frases siguientes:

*Al señor de Sartines, Teniente de Policía de París. Siguiendo vuestro deseo, impediremos a la marquesa de Montvert que pueda llegar a tiempo a la fiesta dada por el rey. Vuestra protegida podrá ocupar su sitio. En cuanto al conde Cagliostro, sabemos que también tiene la intención de partir a París. Creo, como vos, que es un personaje muy peligroso. Deberíais hacerlo arrestar con cualquier pretexto. Irán más detalles por la posta.*

*Saludos.*

GONDIN

Leída la carta, gracias a la doble vista de Lorenza, el rostro y la cabeza de la médium vuelven a su estado normal. Se reducen a la quinta parte.

Cagliostro retira la carta de la frente de Lorenza con un rápido gesto de cólera. La ata otra vez en la pata de la paloma y se dirige hacia la ventana, en donde vuelve a dejarla en libertad.

La paloma se eleva de nuevo en el aire y toma otra vez la ruta interrumpida un momento. Cagliostro sonrío confiado, la mira alejarse, luego, volviéndose hacia Lorenza:

—Esta tarde partiremos a París.

\*\*\*

El príncipe Rolland va a despedirse de la marquesa Eliane de Montvert, que parte a París, y aprovecha esta ocasión para hacerle una declaración amorosa por milésima vez.

En el salón del palacio de la marquesa, sus criados preparan los bagajes. Por la puerta del fondo se ve otro salón, más pequeño que el primero y más íntimo.

La marquesa, sentada ante su mesa-secreter, escribe. Un sirviente aparece en el umbral de la puerta y acercándose a ella le anuncia la visita del príncipe. Eliane hace un gesto de fastidio, pero ordena hacerle pasar. Continúa escribiendo y no se detiene hasta ver aparecer al príncipe Rolland en la puerta del salón.

Rolland, tembloroso como un niño, se dirige a la marquesa y le besa largamente la mano. Ella lo invita a sentarse, él obedece con visible inquietud.

—Usted sabe, Eliane, lo que vengo a decirle una vez más. Usted es mi obsesión continua, sólo sé pensar en usted. Necesito absolutamente que me responda si puedo esperar...

El criado, cortando las palabras de Rolland, aparece de nuevo y anuncia:

—El señor Marcival.

El príncipe no puede contener un gesto de cólera. Eliane se levanta radiante y corre al encuentro de Marcival, el cual saluda a ambos con igual cordialidad. Rolland contesta de un modo seco, un poco ridículo, mientras Marcival guarda en sus labios su calma sonrisa habitual.

La marquesa, viendo la actitud del príncipe, va a su mesa, coge la carta que estaba escribiendo y la entrega a Rolland.

—Querido príncipe, puesto que Marcival ha interrumpido nuestra charla, he aquí la continuación.

Al leer la carta Rolland muestra un profundo desaliento. Vuelve a dejar la carta en la mesa donde estaba y lentamente saluda a Eliane, que sonrío; hace un signo frío de adiós a Marcival y sale del salón.

\*\*\*

Ante la casa de Eliane de Montvert cae la tarde con esa tristeza lenta que es sólo propia de las caídas de la tarde.

Es evidente que la tarde cae también en otras partes, pero esto no nos interesa.

La carroza de la marquesa espera a la puerta, con el paciente cochero dormido sobre su asiento, siguiendo la vieja tradición de todos los cocheros poseídos de su papel.

Algunos hombres, seguramente con malas intenciones, se esconden detrás de los árboles del camino o detrás de los ángulos de las casas vecinas, al ver salir al príncipe Rolland del palacio de la marquesa.

Apenas el príncipe ha desaparecido, los hombres de mala catadura reaparecen y se precipitan sobre el coche de la marquesa. Golpean al cochero, y en un abrir y cerrar de ojos lo dejan tendido en tierra, y parten con el coche, azotando los caballos.

\*\*\*

Cagliostro trabaja en su laboratorio, cuando Albios entra a anunciarle la visita del príncipe Rolland.

—Que tenga la bondad de pasar.

Rolland aparece y se dirige a Cagliostro con los brazos extendidos. El pobre príncipe parece desesperado. La necesidad de un apoyo, la certeza de su impotencia, guiaron sus pasos a casa del mago.

Rolland cuenta a Cagliostro la escena que acaba de pasar en casa de Eliane, y le repite la carta que ella le dio a leer, y que decía:

*Yo sé, mi querido Marcival, que nunca podré obtener vuestro amor. Está usted por encima de los sentimientos humanos. Es usted afectuoso conmigo, porque su sensibilidad siente mi devoción. Siempre sumergido en el estudio y la meditación está usted al margen de la vida, mientras que yo, pobre de mí, todavía demasiado humana...*

Hasta ahí iba la carta de la marquesa, cuando el príncipe había llegado a visitarla. Esas frases bastaron para dejarlo desolado y mostrarle la inutilidad de sus asiduidades.

Cagliostro contempla con piedad a su interlocutor, y advierte que, sobre su rostro, la tristeza ocupa el sitio del orgullo. Su amor es imposible, y por ello viene a suplicar al mago.

—Adoro a esa mujer..., la única esperanza que me queda está en vuestra ayuda.

Ante los ruegos de Rolland, Cagliostro promete no abandonarlo. El príncipe, reconocido, lleno de esperanza, le coge las manos, se ofrece a él sin condiciones para todo en lo que pueda servirle.

En el momento de partir, vuelve sobre sus pasos, y como recordando algo importante, exclama:

—Secreto por secreto. Sabed que el doctor Ostertag ha reunido en su casa a los principales médicos de la ciudad, para formar una agrupación que os denuncie como impostor.

Cagliostro no puede reprimir un movimiento de rabia, que sería imperceptible si no tuviéramos los ojos clavados en él. Luego se domina; acompaña al príncipe, con aire indiferente, hasta la puerta.

Solo en su laboratorio, Cagliostro queda un instante sumido en sus reflexiones. Su rostro se torna grave y severo. Bruscamente, su mirada se hace dura. Ha tomado una resolución. Sin vacilar se dirige hacia un armario situado en un rincón de la pieza. Toma tres frascos, uno de los cuales está vacío; coge un saquito, vierte en el frasco vacío una parte del contenido de los otros dos, vierte en otro frasco los polvos del *sachet*. Luego se guarda en un bolsillo los dos frascos que acaba de llenar. Se pone su sombrero y su capa, y sale rápidamente por la puerta del fondo. En el pequeño salón privado de la marquesa de Montvert, esta parece como en éxtasis ante Marcival, recordando el día en que se encontraron por primera vez. Desde aquel día, ella sólo piensa en él. Ella comprendió desde el primer momento que él era un hombre superior, una especie de místico, ajeno a todas las preocupaciones de la vida, un espíritu puro, absolutamente desprendido de la materia y tendiendo siempre hacia lo infinito: un verdadero asceta.

Marcival escucha con cierta gravedad solemne pintada en el rostro. Se adivina en él una simpatía protectora hacia Eliane, pero no una pasión humana.

\*\*\*

Un sirviente del palacio baja la escalinata que da sobre la calle, cargado de valijas y sacos de viaje. Viendo al cochero inanimado, tendido en tierra, y la carroza desaparecida, deja caer su carga y vuelve a subir corriendo hacia la casa. Como un bólido atraviesa el primer salón y entra al segundo a contar a su señora que la carroza ha desaparecido, que el cochero ha sido golpeado, y que está tendido en la vereda como un muerto.

Eliane lo contempla, trastornada. Marcival trata de calmarla, sin mostrar mayor inquietud. La marquesa grita a su criado:

—Vete a escape, recorre toda la ciudad, paga lo que te pidan..., necesito una carroza, cueste lo que cueste.

El criado parte a la carrera, mientras Marcival se dirige a la ventana y mira hacia la calle.

—Si esto se ha hecho intencionalmente —dice—, será difícil encontrar una carroza disponible.

\*\*\*

En la oficina del doctor Ostertag se encuentran reunidos los cinco principales médicos de la ciudad y el conde de Sablons. Todos, con excepción de este último, discuten y argumentan contra Cagliostro.

El doctor Ostertag considera como un insulto para los hombres de ciencia que se deje a Cagliostro ejercer libremente la profesión de médico. Dirigiéndose al conde de Sablons, único amigo del mago, el doctor exclama:

—Vuestro Cagliostro no es más que un impostor que ejerce la medicina sin derecho y sin ningún conocimiento.

Los demás médicos están de acuerdo y aprueban las palabras de Ostertag. No podría ser de otro modo, pues, desde el día en que Cagliostro llegó a la ciudad, los clientes han emigrado todos a casa del mago. Es la venganza de las antesalas vacías contra la sala de los prodigios.

En ese instante la puerta se abre y Cagliostro aparece con una sonrisa helada en los labios y un gesto diabólico en los ojos.

Los médicos se miran, sorprendidos. El doctor Ostertag clava en el intruso una mirada audaz sosteniendo la mirada de Cagliostro y dice con voz resuelta:

—Os esperaba, conozco vuestros hábitos y no os temo.

Cagliostro lentamente se acerca a Ostertag, y, una vez ambos frente a frente, responde:

—Habéis dudado de mis conocimientos, y, lo que es más grave, me habéis calumniado repetidas veces. Exijo una reparación inmediata.

Furiosos los médicos se miran unos a otros. El conde de Sablons se inquieta, ¿qué va a pasar? Ostertag, altanero, contesta:

—Soy un hombre de ciencia y no conozco el manejo de las armas; sin embargo, estoy a vuestras órdenes.

—Hay otros medios —dice Cagliostro—. Buscaremos uno apropiado a vuestra ciencia y así tendremos la ocasión de probar nuestro mutuo saber. Os propongo un duelo a venenos.

—En tal caso, acepto vuestra proposición.

—Bien. Vosotros prepararéis un veneno que yo absorberé, defendiéndome de la muerte con mi antídoto; vos tomaréis mi veneno y os defenderéis con el mejor de vuestros contravenenos. Veremos quién logra salvarse y quién perece. Es un duelo interesante y digno de esos que llamamos hombres de ciencia.

Los médicos rodean a Ostertag, tratando de impedir el duelo. Pero este, excluido y herido en su dignidad, no escucha razones y se dirige con sus amigos al fondo de la sala, en donde se ve un armario lleno de medicamentos, de toda clase de frascos y cajas de diversos tamaños.

El doctor Ostertag y sus colegas componen el veneno que deberá tomar Cagliostro, y luego el antídoto que el doctor beberá para salvarse del veneno de Cagliostro. Uno de ellos se desprende del grupo con una botella de agua y dos copas que coloca sobre una mesa, en el centro de la habitación. Viendo que Cagliostro charla impasible con el conde de Sablons, lo invita a preparar su brebaje, y le ofrece las copas que acaba de dejar sobre la mesa.

—Ya está preparado —responde Cagliostro.

El conde de Sablons parece desesperado de no poder impedir el duelo.

El doctor Ostertag, rodeado del grupo de los médicos, se acerca a la mesa. Uno de ellos trae otras dos copas: una con el veneno preparado, y otra con el antídoto.

Cagliostro, a su vez, se acerca al otro lado de la mesa. Vierte el frasco con su veneno en una de las copas que han sido puestas para él, y su antídoto en la otra.

El doctor Ostertag y Cagliostro están frente a frente, sólo separados por el ancho de la mesa. El más viejo de los médicos, tomando el papel de árbitro del duelo, hace ceremoniosamente el cambio de las copas con los venenos preparados por los dos hombres que van a brindar a la muerte. Coloca la de Cagliostro delante de Ostertag y la de este delante de Cagliostro. Cada cual guarda a su lado su contraveneno.

El árbitro levanta la mano y los invita a beber. Cagliostro y Ostertag cogen las copas. A la señal del árbitro, Cagliostro bebe su copa sin vacilar, e inmediatamente después se bebe su antídoto. El doctor Ostertag ha llevado su copa a los labios, sin decidirse a beber el contenido. La copa tiembla en su mano, y su vacilación se convierte en terror, viendo que su veneno no produce efecto en Cagliostro.

Cagliostro, indignado, lo mira fijamente; sus ojos feroces se clavan en él, implacables.

Bajo el imperio de la mirada de Cagliostro, el doctor Ostertag tiembla, levanta la cabeza y, casi maquinalmente, se bebe el veneno preparado por el mago.

Cagliostro, satisfecho, dulcifica su mirada. El doctor Ostertag se precipita ávido sobre su copa de antídoto y la bebe de un golpe. Ambos permanecen un instante frente a frente. Momento angustioso. La tragedia siembra un silencio pesado.

Cagliostro sonrío apenas, mientras los ojos del doctor Ostertag se fijan en él, ansiosos y fiebrados.

Los asistentes contemplan, anhelantes.

Cuando Ostertag comienza a manifestar los primeros síntomas del envenenamiento, sus amigos le miran espantados.

Cagliostro, frío e impenetrable, sigue sonriendo. El conde de Sablons pasea sus miradas inquietas del uno al otro.

Las convulsiones progresivas del envenenamiento se hacen cada vez más visibles en el doctor Ostertag. Su rostro se descompone... Se ahoga, cae sobre un sillón, los ojos saltados en las órbitas, las manos crispadas. El doctor se contorsiona como una bestia en la agonía.

Los hombres de ciencia corren a prestarle socorro.

Cagliostro contempla la escena sin pestañear, sin parecer inmutarse en lo más mínimo. Coge su sombrero y su capa, y se dirige triunfante hacia la puerta de salida. El conde de Sablons se lanza tras él y lo detiene en el momento que va a cruzar la puerta.

El conde implora a Cagliostro que preste su ayuda a Ostertag. Cagliostro no quiere saber nada. Piensa que el castigo es merecido, y que servirá de ejemplo y de experiencia para todos los escépticos. El conde suplica:

—Salvad a ese hombre. No podéis manchar vuestra grandeza con un crimen de vanidad.

Cagliostro, después de dudar un instante, siente triunfar en él los instintos humanitarios. Vuelve sobre sus pasos y se dirige hacia el diván en donde han tendido al doctor Ostertag.

El pobre doctor está en las convulsiones de la agonía. Sus amigos luchan en vano contra la muerte, y se declaran impotentes para salvarlo.

Cagliostro los aleja desdeñosamente. Avergonzados, ellos dejan el campo libre a la magia, pocos momentos antes despreciada.

Cagliostro saca de su bolsillo su frasco de antídoto, levanta la cabeza del moribundo, separa sus labios y sus dientes apretados, y le vierte en la boca todo el resto que quedaba en el frasco. Después se queda observando un instante.

Lentamente las convulsiones agónicas del doctor empiezan a calmarse. Cagliostro se inclina sobre él, le hace algunos pases magnéticos y signos misteriosos, que tal vez ayudan a obrar al medicamento.

Los doctores, maravillados, miran con atención. Cagliostro posa su mano sobre la frente húmeda del doctor, le levanta los párpados y exclama: —Está salvado.

El conde de Sablons le toma las manos en signo de reconocimiento. Cagliostro sonrío a su amigo y, cogiendo de nuevo su sombrero, se dirige altivo hacia la puerta.

Los médicos se inclinan a su paso.

Una vez llegado al umbral, Cagliostro se vuelve y dice:

—Todos no saben todo. Hay cosas que sólo algunos conocen.

\*\*\*

Durante este tiempo Eliane de Montvert continúa en su salón la charla tantas veces interrumpida, con el extraño Marcival. Una mujer enamorada olvida sus preocupaciones, por muy imperiosas que sean, cuando está frente al hombre que ama.

El criado que vuelve después de haber recorrido toda la ciudad en busca de un carruaje, les trae otra vez a la realidad.

—No hay medio de obtener una carroza antes de dos días.

Eliane, angustiada, se dirige a Marcival.

—¿Qué hacer?

Marcival, ajeno a todos los pequeños problemas de la vida diaria y siempre indiferente a las vanidades del mundo, responde:

—¿Por qué desolarse de ese modo? ¿A qué fin acordar tanta importancia a las banalidades de la tierra? Es preciso mirar más alto, es preciso desprenderse de la materia.

La marquesa, a pesar de todas esas palabras de consuelo, no puede resignarse a perder su sitio en la corte y verlo ocupado por otra que, seguramente, lo guardaría para siempre.

—Es evidente que soy víctima de una baja intriga. Alguien tiene interés en alejarme de la corte.

Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando su viejo sirviente aparece en el umbral, con grandes exclamaciones:

—Señora, señora, hay un carruaje abajo.

Eliane se precipita a la ventana, la abre y se inclina para mirar a la calle. Un pedazo de cielo entra en la habitación, roza el rostro de Eliane.

—Efectivamente, hay una carroza que espera ante mi puerta.

Sorprendida y encantada, la marquesa vuelve al medio del salón.

Marcival, desde su sillón, advierte, mirando hacia la puerta del fondo del primer salón, una carta en el suelo, deslizada debajo de la puerta. Al verla sonrío melancólicamente, como si hubiera adivinado.

Eliane, intrigada y con los ojos llenos de preguntas, se acerca a Marcival, que le muestra con el dedo el papel debajo de la puerta. El sirviente corre a recoger la carta y la entrega a la marquesa. Esta la abre nerviosa y lee en voz alta:

*Señora, he ahí un carruaje. Partid a París sin perder un minuto. Vuestros enemigos ignoran que vos contáis conmigo.*

La sorpresa y la alegría se disputan el rostro hermoso de Eliane de Montvert, que no puede impedirse de preguntar:

—¿Quién es el ángel protector que hace surgir carrozas cuando no las hay?

—Ese ángel protector se llama Cagliostro —responde Marcival con cierta tristeza.

La marquesa se queda un momento sorprendida y pensativa. Cuando Marcival se acerca a ella para despedirse, ella lo mira con profunda ternura y le tiende la mano, que él lleva a sus labios. Un minuto de silencio en honor de la emoción. Después ella apresura a sus sirvientes y acompaña a Marcival hasta la puerta.

\*\*\*

Nuestro buen prefecto de policía, el señor Gondin, se encuentra sentado a su mesa de trabajo. Un ruido, apenas perceptible, le hace levantar los ojos. Extrañado, ve pasar una carta por debajo de la puerta de su gabinete.

En tres saltos el prefecto se lanza hacia la puerta, la abre violentamente mirando hacia ambos lados del corredor. Como no ve a nadie, vuelve a cerrar la puerta, coge la carta, la despliega y lee:

*La marquesa Eliane de Montvert, en el momento de partir a Estrasburgo, me ruega que os presente sus homenajes.*

CONDE CAGLIOSTRO

El prefecto no puede reprimir su cólera. Piensa que el mago lo ha vencido otra vez y se muerde los labios, hinchados de venganza.

\*\*\*

*Mientras la marquesa de Montvert vuela hacia París para llegar a tiempo a la fiesta de la corte...*

Dejando tras ella una enorme nube de polvo, la carroza de la marquesa se aleja a todo galope por el camino de París.

Desde lo alto de aquella colina, puede verse la carroza hasta el momento en que desaparece en un recodo de la ruta.

\*\*\*

*El pueblo de Estrasburgo llora la partida de su gran bienhechor.*

Ante la casa de Cagliostro una inmensa multitud se ha reunido triste e inconsolable. Las gentes del pueblo rodean aquí otro carruaje que espera a la puerta.

Cuando Cagliostro aparece, seguido de Lorenza y de Albios, la multitud se agita, los hombres se descubren como cogidos por una mística devoción. Son numerosos los que se arrodillan, otros corren hacia el mago y besan el borde de sus ropas. Algunas mujeres levantan hacia él sus niños como si el gran taumaturgo debiera bendecirlos.

Cagliostro saluda con la mano a todos sus devotos y entra con los suyos en la carroza, que parte lentamente seguida de toda la población.

Al salir de la ciudad la ruta se extiende en línea recta. El pueblo se queda mirando con emoción el equipaje que se aleja.

Al fondo de la ruta el sol poniente, pálido y grande, parece tocar la tierra. La carroza de Cagliostro se aleja, se aleja, y allá en el horizonte se hunde en el disco del sol.

## CUMBRE Y TINIEBLA

*Algunos meses más tarde el joyero Abraham Lemberg recibe la visita de un caballero desconocido que por la cuarta vez viene a cambiar un lingote de oro contra monedas del Estado.*

Abraham Lemberg era sin duda uno de los más ricos joyeros de París. Aquel día estaba trabajando detrás de su mostrador, trazando los dibujos de joyas que tiene la intención de hacer cincelar.

Cuando la puerta que da sobre la calle se abre y aparece Albios vestido a la europea, Lemberg levanta la cabeza de entre sus papeles y se dirige sonriendo hacia el mostrador.

Albios saca de debajo de su capa un lingote de oro que coloca sobre la mesa. El joyero lo examina con curiosidad, lo coge y pasa a la trastienda. Desde allí, mientras pesa y analiza el metal, no deja de observar por encima de sus anteojos la actitud del caballero desconocido.

Terminada la verificación del lingote, el joyero toma de su caja de loados dos bolsas llenas de monedas, las abre ante Albios, el cual cuenta los escudos que contienen. Después de haber controlado la suma, este guarda las bolsas en su bolsillo y parte seguido de la mirada inquisidora de Lemberg.

Ante la puerta del joyero, Albios sube sobre un magnífico caballo árabe, y alejándose al galope, desaparece a la vuelta de una calle.

En el momento en que el joyero iba a meterse en su trastienda, Marcival aparece en la puerta de la joyería. Al oír los pasos del que entra, Lemberg se vuelve y se acerca otra vez a su mostrador.

Marcival pregunta:

—He sabido que usted posee un oro muy puro. ¿Podría venderme un poco?

El joyero responde afirmativamente mostrando el lingote que acaba de comprar y otros pedazos de oro de la misma procedencia, que compara con el lingote, para establecer la identidad.

Marcival escoge un pequeño pedazo. Lemberg lo pesa y recibe el dinero que Marcival le cuenta sobre el mostrador.

—Sin duda este es el oro más puro que nunca he visto —dice el joyero, lanzando un reojo malicioso a Marcival.

—Así creo también —responde Marcival, que guarda el pequeño paquete y parte.

\*\*\*

*Aquel mismo día el joyero Abraham Lemberg corre a la oficina del teniente de policía de París, M. de Sartines, para darle parte de sus sospechas respecto al caballero desconocido.*

M. de Sartines, sentado ante la mesa de su gabinete, escucha atentamente el relato del joyero.

Abraham Lemberg piensa que sería bueno saber de dónde ese joven misterioso, que todos los veinte días se presenta en su tienda, obtiene un oro semejante. Puede ser que se trate de una banda de ladrones, o acaso sea el representante de algún célebre pirata. En todo caso, el joyero, con su denuncia, piensa cubrirse de cualquiera complicación futura.

El prefecto Sartines hace venir a su gabinete a dos esbirros de su confianza que pone bajo las órdenes del joyero. Este parte con ellos explicándoles de qué se trata y cuál debe ser su campo de acción.

\*\*\*

*En el último piso de una vieja casa, Marcival ha elegido como morada una humilde buhardilla.*

Es una alcoba fría, limpia, sobria como su huésped. Un lecho, una mesa, muchos libros, una bujía sobre la mesa, un sillón, dos sillas y un ropero. Lo estricto necesario y nada más.

En este instante Marcival entra en su pieza y cierra la puerta. Está oscura la calle y un poco más oscura la pieza. Marcival enciende la vela y deja su sombrero y su capa sobre una silla. Se dirige hacia un armario, saca una botella mediana y vuelve hacia la luz de la vela.

Extraños reflejos de luz y de sombra parecen alargar aún más su rostro pálido de asceta.

Coloca en un recipiente el pedazo de oro que acaba de comprar en la joyería de Lemberg. Vierte encima un poco de líquido que contiene la botella y un espeso vapor flota y se esparce en el aire.

Marcival analiza el fondo del recipiente con suma atención.

\*\*\*

*Quince días más tarde, el caballero del caballo árabe...*

Albios sale de la tienda de Abraham Lemberg, salta sobre su caballo y parte al galope.

En el mismo instante, los dos esbirros de Sartines, en sus caballos, se lanzan tras él y desaparecen a la vuelta de la calle.

Otra calle. Albios se da cuenta de que lo siguen y apresura el galope de su caballo. Algunos minutos después, pasan los policías por la misma calle.

Otra calle. Albios llega a toda carrera, mirando hacia atrás. Al pasar frente a una puerta cochera, entra y se esconde.

Los esbirros pasan velozmente ante la puerta y desaparecen a lo lejos.

Viéndolos alejarse, Albios parte como una flecha en dirección opuesta.

\*\*\*

*En un barrio alejado del centro de París... una casa solitaria.*

En esa casa solitaria, en su laboratorio, magníficamente instalado, entre sus viejos libros, sus preciosos manuscritos, sus paquetes de hierbas, sus frascos misteriosos, sus innumerables alambiques, Cagliostro trabaja a la sombra de algunos pájaros embalsamados que llenan de melancolía el ambiente confortable de la sala.

Un gran horno encendido ilumina su rostro pensativo y enérgico. Mientras manipula un mortero, explica el objeto de su trabajo al conde de Sablons, que sigue atentamente y con manifiesta curiosidad las operaciones del mago.

Un profundo silencio rodea el laboratorio y toda la casa. La voz de Cagliostro resuena en el silencio:

—Muy pronto, mi querido De Sablons, podrá decir a los escépticos que la Piedra Filosofal no es una quimera y que sus ojos han visto fabricar el oro. Y tal vez un día podrá usted decirles que el Elixir de Vida tampoco es un mito.

—¿Cuántos años pueden vivir los magos que poseen el secreto?

—Muchos, muchos, querido conde; yo estoy andando tantos siglos sobre la tierra, que a pesar de todos los acontecimientos que he presenciado, a pesar de la importancia y el interés de mi labor, ya empiezo a aburrirme de verdad.

—¿Cree usted en la posibilidad de resucitar a los muertos?

—Sí, creo. Nada es imposible. Precisamente ese es el objeto de mis trabajos actuales y pienso que poco me falta para alcanzar lo que busco.

El conde de Sablons había venido aquel día a casa de Cagliostro en busca del dinero necesario para la fundación de la Logia Egipcia, de la cual Cagliostro debería ser el director y el guía espiritual.

Los amigos del mago y del conde de Sablons tenían sumo interés en ser iniciados en los misterios de la Ciencia Oculta y esperaban con verdadero anhelo el día de la fundación de la logia.

Una vez terminado su trabajo en el horno, Cagliostro entrega los lingotes a De Sablons y se dirige hacia una enorme chimenea abierta en el muro principal del laboratorio.

Apoya su pie sobre un resorte en el suelo. La pantalla metálica de la chimenea se levanta lentamente, como un metro y medio sobre la altura del suelo.

El conde de Sablons se despide de Cagliostro respetuosamente y doblando su cuerpo sale por la chimenea.

Encima de la chimenea, casi topando al techo, se advierte una campanilla aplicada en el muro. A un lado de la chimenea, a la altura de la cabeza, se ve un pequeño triángulo labrado en la pared y cubierto con un párpado de madera.

Cagliostro, después de hacer bajar otra vez la pantalla de la chimenea, vuelve a su mesa de trabajo. Limpia sus instrumentos y los pone cuidadosamente cada cual en su sitio.

Apaga el horno, mira para todos lados y se dirige hacia un gran mueble en forma de cómoda o baúl, negro como un ataúd, que ocupa todo un rincón del laboratorio.

Sólo los últimos resplandores del horno agonizante iluminan la escena.

Cagliostro tira una pequeña españoleta a un costado del baúl. La tapa del mueble se levanta dulcemente. Del interior del baúl empieza a subir con gran lentitud una especie de plataforma acolchonada, recubierta de terciopelo negro. Encima de la plataforma, que sigue subiendo, aparece el cuerpo de Lorenza como una muñeca dormida y vestida de blanco.

Cagliostro la contempla con indecible ternura.

La sonrisa encantadora de Lorenza es un imán capaz de perturbar el orden de las constelaciones. El mago siente la atracción de esa boca adorable. Se acerca a ella, sus labios se hinchan, va a besarla. Los labios de Lorenza triunfarán tal vez de los ojos de Cagliostro.

Frente a frente, la fuerza de la sonrisa de la mujer y la fuerza de la mirada del hombre. Es un espectáculo que vale la pena de ser observado.

Cagliostro se aproxima y se retira. La lucha en él debe ser violenta. No puede contenerse, va a ceder, va a caer vencido... No, la voluntad del mago recupera su dominio, se rehace fuerte y feroz. Se detiene casi sobre los labios de Lorenza, el gesto amoroso se transforma en un gesto de energía.

Posa su mano sobre la frente de la mujer sumida en un profundo sueño hipnótico y la despierta. Al abrir los ojos, sus hermosos ojos de víctima que se hundían tristes y con una cierta repugnancia en los ojos del pobre mago, ella hace un movimiento para alejarse de él.

—Lorenza, amiga mía, ¿tanta repugnancia te inspiro? Tu actitud me tortura más de lo que imaginas —dice la voz de Cagliostro, temblorosa por la primera vez.

Lorenza se levanta y se pone de pie, huyendo de Cagliostro, que la sigue. Ella retrocede, retrocede, con los ojos desmesuradamente abiertos, llenos de espanto.

—Quiero huir —dice—, tengo miedo de vos..., dejadme salir de aquí. Sois el diablo y me condenaré si sigo viviendo a vuestro lado.

—Estás loca, Lorenza, ¿de dónde te nacen semejantes fantasías?

—Devolvedme mi libertad. Supongo que no me consideraréis vuestra prisionera.

—Nunca te separarás de mi lado. Te necesito junto a mí y un día me agradecerás esta violencia.

—Sí, ya lo sé, no soy más que vuestra prisionera..., pero no olvidéis que conozco vuestro secreto...

Cagliostro, nervioso, trata de calmarla, pero la discusión no se apacigua. En vano se muestra afectuoso. Sólo haciéndola caer bajo el sueño hipnótico puede dominarla. No hay otro medio.

Clavando en Lorenza las garras de sus ojos, el mago la pone otra vez bajo su influencia. La hace retroceder hasta el baúl. Una vez junto al mueble, la acuesta dulcemente sobre la plataforma. Después se precipita hacia un pequeño armario, lo abre y saca aquel documento que le diera el conde de Saint-Germain el día del encuentro memorable, allá en los subterráneos del castillo en ruinas.

Viendo que el documento se encuentra siempre en su sitio, el rostro del mago se calma. Vuelve a dejarlo en donde estaba y cierra el armario. Levanta la cabeza mirando del lado de Lorenza y sonrío. Se acerca junto a ella, pálida, casi transparente. Se queda extasiado mirándola dormida y dice melancólico:

—¿Por qué me detestas? ¿Por qué, por qué? Si supieras el sacrificio que hago al dominar mis instintos de hombre.

Le da un beso en la frente.

En el mismo instante la campanilla que se encuentra arriba en el muro de la chimenea llama ligeramente. Al oírla Cagliostro hace funcionar el resorte del baúl y la plataforma con el cuerpo de Lorenza desciende hasta que el cuerpo desaparece en el interior. Entonces la tapa se cierra y Cagliostro se dirige hacia la chimenea, levanta el pequeño párpado de madera que cubre el triángulo abierto en el muro, y mira hacia la pieza vecina. En seguida apoya el pie sobre el resorte y cuando la pantalla metálica se levanta, sale del laboratorio por el mismo camino por donde vimos salir al conde de Sablons hace un momento.

\*\*\*

Del otro lado del muro, Cagliostro aparece en un corredor saliendo por otra chimenea que corresponde exactamente a la que hemos visto en su laboratorio. Atraviesa el corredor y va hacia una puerta situada al otro extremo. La abre. Un salón aparece a nuestros ojos.

En el salón, Albios ruega al príncipe Rolland tome asiento mientras espera la llegada de su amo. Viendo entrar a Cagliostro, el criado parte. Rolland se levanta y se dirige hacia el mago.

Después de cambiar algunas palabras, que deben ser las consabidas palabras de costumbre, Cagliostro ofrece un sillón a Rolland y se sienta junto a él.

La conversación del príncipe no puede manifestar otra cosa que su obsesión pasional. Tiene forzosamente que girar en torno de la marquesa de Montvert. Viuda, hermosa, rica y con una situación envidiable en la corte, y, como si esto no bastara, enamorada de Marcival, del enigmático Marcival. Todo lo necesario para exacerbar la pasión de cualquier hombre.

—Mañana por la noche —dice Rolland— reuniré en mis salones a vuestros mejores amigos. Todo nuestro antiguo grupo de Estrasburgo. Así os proporcionaré la ocasión de cumplir lo que me habéis prometido respecto a la marquesa.

—Acepto con gusto. En cuanto a nuestros amigos de Estrasburgo, ya los he encontrado a casi todos en casa del conde de Sablons.

—Además de los viejos amigos, tal vez podré presentaros algunos personajes importantes de París.

Cagliostro muestra su alegría y promete no faltar a la reunión. Con esta promesa, el príncipe Rolland se despide.

\*\*\*

### *En el palacio del príncipe Rolland.*

En uno de los magníficos salones del príncipe, un gran salón de estilo (del estilo que más le guste al lector, a condición de que sea anterior a Luis XVI), Cagliostro reina en medio de sus admiradores.

El príncipe Rolland, el conde de Sablons, el príncipe de Soubise, Jacques de Casanova, el profesor Lavater y otros de menos importancia rodean el sillón del mago, escuchando respetuosamente y con el más vivo interés su conversación vibrante y maravillosa.

(Ruego a las lectoras que no hayan conocido a Don Juan, el verdadero Don Juan, que observen con atención los gestos y movimientos de Casanova. Es un Don Juanillo, un poco más de palabra que de obra, pero, en fin, peor sería nada.

Asimismo ruego a los que estudian la Fisiognomía, que pongan atención en la cabeza del profesor Lavater, inventor de la ciencia de conocer el carácter por rasgos del rostro).

Cagliostro dice a sus amigos:

—Queda acordado. Pasado mañana en la noche tendrá lugar la fundación de la Logia Egipcia y entonces seréis iniciados a los primeros grados del Gran Secreto.

—Habrá algunas sorpresas —agrega el conde de Sablons—, varios iniciados de suma importancia, habrá personajes de todos los colores políticos y de todas las clases sociales.

La conversación se hace más general y sigue cada vez más animada. De repente Cagliostro se calla, hace un gesto extraño, deja caer su cabeza hacia atrás, sus ojos se hundan dentro de la caverna del cráneo. Con un dedo en los labios pide se haga el silencio. Sus miembros se ponen rígidos y se queda como dormido sobre el sillón. Apenas alcanza a decir:

—Perdón... un instante. Me llaman.

El mago se desdobla. Es un espectáculo extraño y sin embargo real. Su doble espiritual se desarrolla semejante a su cuerpo físico, se desprende, se separa de él y se levanta lentamente desapareciendo en el espacio.

Los invitados del príncipe se miran estupefactos. Supongo que ninguno de mis lectores reirá de esto que estoy contando.

Espero que este libro no habrá caído en manos de nadie que no sea iniciado en la Ciencia Oculta ni de ningún incrédulo como yo.

\*\*\*

### *Muy lejos de allí...*

La luna brilla sobre un camino de Rusia, un camino ancho, largo, labrado en una montaña, desde lo alto de la cual se ve extenderse hasta el infinito el inmenso sudario de la estepa.

Un trineo con los caballos desbocados corre a lo largo del camino devorando las distancias y va derecho hacia un abismo que se acerca a la velocidad de los caballos.

En el trineo, el gran duque Anastasio y su hija se esfuerzan en vano tratando de detener los caballos, colgados de las riendas con un vigor doblado por el pánico.

El trineo corre al abismo, el abismo corre al trineo. La hija del gran duque es una joven hermosa como conviene a su rango para no desilusionar a los mortales. A pesar del terror pintado en su rostro, sus facciones son suaves y armoniosas. (No debe ser más hermosa que Lorenza, porque entonces la primera actriz protestaría).

Fatigada por la lucha estéril contra el impulso de los caballos y por la excesiva tensión de sus nervios, la joven cae y se acurruca en su asiento, resignada a la catástrofe. Como si una luz súbita iluminara el fondo de su memoria, busca nerviosamente en su pecho un talismán, lo aprieta en sus manos, lo agita en el aire como si pidiera socorro.

El trineo continúa inconsciente su loca carrera hacia el precipicio. El gran duque, reconociendo su impotencia, suelta las riendas y se abandona a su destino. Angustiado estrecha a su hija entre sus brazos. El espanto se refleja en ambos rostros.

Todo está perdido. Ninguna esperanza de escapar a la muerte. El abismo está a cuarenta metros. ¡Ah, ah! El abismo está a veinte metros... La muerte, la muerte. La muerte mira sonriendo en el fondo del abismo.

¿Qué hay? ¿Qué pasa? Los caballos se detienen bruscamente. Al borde mismo del precipicio aparece la sombra de Cagliostro, levantando los dos brazos. Su cuerpo, su enorme cuerpo etéreo, intercepta el camino a los caballos enloquecidos.

El trineo se detiene de golpe, como clavado, a algunos metros del abismo. Los caballos olfatean el aire y lanzan resoplidos de vapor, tan violentos que empañan todo el paisaje.

El gran duque se persigna y toma la actitud de dar gracias al cielo. La muchacha, enlazada al padre, lo besa emocionada, y abriendo la mano, le muestra el talismán.

—Mira, padre; el talismán que me dio Cagliostro nos ha salvado. ¿Te acuerdas? Me dijo: «Cuando estéis en peligro, tomad este talismán y llamadme».

En la mano de la joven centellea bajo los rayos de la luna el talismán con la efigie de Cagliostro en el medio de un triángulo.

\*\*\*

En el salón del príncipe Rolland, todos sus invitados respetan el sueño del mago. Un gran silencio reina en torno de Cagliostro, que continúa en la misma actitud hierática, rígido sobre el amplio sillón.

Cuando el doble fluídico del mago vuelve y penetra de nuevo en su cuerpo, el rostro torna a la vida, sus miembros empiezan a animarse otra vez. Abre los ojos. Mira fijamente al conde de Sablons y dice:

—Acabo de salvar la vida de vuestro amigo el gran duque Anastasio y a su hija.

Los circunstantes, maravillados, contemplan al mago como suplicándole les cuente lo que acaba de pasar.

Cagliostro narra a sus amigos la tragedia del trineo.

Al terminar su relato, aparece en la puerta la marquesa de Montvert acompañada de una dama.

El príncipe Rolland se precipita a su encuentro.

Todos se levantan a la entrada de la marquesa, cuya majestad de diosa antigua se impone a las miradas y hace palpar los corazones.

Cuando la conversación se hace general, el príncipe Rolland aprovecha para alejarse con la marquesa y hacerle los honores de su casa, mostrándole los cuadros y los objetos de arte que posee. Poco a poco la conduce hacia un salón contiguo. Desierto y a media luz, este salón le parece más propicio para sus diálogos de enamorado.

Cagliostro los sigue con la mirada y sonríe adivinando las intenciones del príncipe.

La marquesa, interesada por los objetos que le muestra Rolland, se deja conducir y pasa al otro salón.

Es un salón un poco más pequeño que el anterior, pero no menos suntuoso. Imperceptiblemente la conversación resbala de las bellezas artísticas que posee el príncipe a las bellezas personales que posee la marquesa.

Aprovecharse de un sofá en la sombra angulosa de un rincón sería cosa fácil si la dama consintiera. El sofá está allí como esperando, no en el rincón deseado, sino al sesgo, un poco alejado de los muros y volviendo la espalda a la parte más oscura del salón.

El príncipe, que era en ese momento un príncipe encantado, encantado por los encantos de la encantadora, no puede dejar escapar la ocasión definitiva de dar libre curso a la corriente de sus obsesiones. Sus frases de amor se atropellan, se amalgaman, queman sus labios. Algunas palabras ansiosas saltan por encima de las otras, por encima de aquellas que deberían precederlas. Otras llegan a la meta antes de su turno y sorprendidas de su audacia miran hacia atrás, se quedan como colgando en el aire.

La marquesa las oye desfilan con resignación, pero ninguna pasa más allá de sus oídos. Ella las oye hasta que, no pudiendo reprimir los nervios, su sinceridad exclama:

—Usted bien sabe que otro hombre ocupa mi corazón.

El príncipe vacila hasta perder el equilibrio y luego, rehaciéndose, deja caer estas palabras con crueldad:

—Ya lo sé: Marcival..., pero él no os amará nunca.

En el rostro de Eliane de Montvert se dibuja un gesto de superioridad y de desdén.

—Yo, en cambio, le amaré siempre. Él me ha revelado cosas nuevas, me ha abierto la puerta de las maravillas de su alma, y desde entonces ya no soy la misma. Cada día la banalidad humana me importa menos.

El príncipe no comprende, no puede comprender, no quiere comprender semejante lenguaje ni semejante actitud. En vez de batirse en retirada, vuelve a la carga más insistente, más expresivo. Le coge las manos y se las besa con pasión. Ella hace un gesto de violencia, como para alejarse, él la retiene. Ella se esquivo, le ruega dejarla tranquila, no insistir más y retirarse de su lado.

Cuando Eliane de Montvert, de pie ante el gran espejo del salón, arregla sus cabellos y retoca su *toilette*, Rolland, como si obedeciera a sus súplikas, retorna al salón vecino, donde quedaron sus amigos.

Llamando aparte a Cagliostro, el príncipe le relata la afrenta que acaba de recibir. El mago lo interrumpe en su narración y se dirige hacia el salón contiguo. La marquesa, al verlo aparecer en el fondo del espejo, se vuelve vivamente con una acogedora sonrisa en los labios.

Antes que Eliane tenga tiempo de decir la primera palabra, Cagliostro, avanzando hacia ella, levanta una mano y con el gesto de alguien que rociara con sus dedos un líquido en el aire, la hipnotiza y le ordena:

—Y bien, la más bella y la más caprichosa divinidad de la corte de Francia, yo os ordeno amar a mi amigo el príncipe Rolland.

Después de haber lanzado el sortilegio, Cagliostro retrocede hasta la puerta, teniendo la mano inmóvil tendida hacia la marquesa. Llegado al umbral del gran salón, el gesto de su mano corta el aire bruscamente y desaparece tras el muro.

Al recibir el eco de ese gesto la marquesa se despierta. El príncipe Rolland, viendo a Cagliostro que vuelve hacia el grupo de la reunión, le interroga con los ojos. Un signo imperceptible del mago basta. Rolland vuela al lado de Eliane.

La marquesa, sentada en el sofá de la sombra angulosa, lo recibe con gesto de alegría y le invita a sentarse junto a ella. Esta actitud contrasta con su actitud anterior. Comienza el idilio artificial. El príncipe, como si olvidara el artificio que le ayuda, se muestra loco de júbilo, creyéndose acaso un conquistador leal.

¡Oh amor! ¿En cuál rincón del mundo no estás presente y cuáles son las armas que escapan a tus deseos?

Víctima del mandato hipnótico de Cagliostro, Eliane de Montvert siente aniquilada toda su antipatía por Rolland.

Sus manos en las manos temblorosas del príncipe no tratan de huir como pájaros espantados. Por primera vez ella sonrío al amor antes tan maltratado de Rolland, el cual se enardece, se vuelve audaz y se atreve a acercar sus labios al rostro inocente de Eliane.

En el instante en que las dos bocas van a tocarse, aparece Marcival detrás de ellos. No se sabe si es su cuerpo o su sombra la que extiende las manos sobre las dos cabezas y detiene, con ese solo gesto, el choque de las bocas.

Su voz, como la voz grave y opaca de un fantasma, dice:

—Seguid vuestro camino libremente y que nunca una fuerza extraña venga a cambiar el ritmo natural de la vida.

Marcival desaparece como había aparecido, se desvanece en el aire, se disuelve en la sombra.

Eliane, como si acabara de salir de un sueño, como si acabara de romper las cadenas de un encantamiento, se levanta, se pasa las manos por la frente y, no pudiendo reprimir un gesto de desprecio hacia Rolland, se aleja de su lado, dejándolo convertido en una estatua de piedra.

\*\*\*

*Cagliostro funda la famosa Logia Isis, en la cual sólo algunos privilegiados recibirán la iniciación a los grandes secretos.*

En una pequeña calle de un barrio popular se ve una aglomeración de gente en torno de dos músicos ambulantes que tocan y vuelven a tocar repetidas veces los aires de moda.

Alguien ha colocado allí a esos dos músicos, alguien ha provocado artificiosamente esa aglomeración popular. ¿Con qué objeto? Tal vez para que nadie se aperciba de ciertos personajes que entran en una casa vecina. Algunos de esos personajes nos son conocidos. Yo, por mi parte, he distinguido entre ellos al príncipe de Soubise y al conde de Sablons. Llegan poco a poco, se unen al grupo que hace círculo en torno de los músicos y después de algunos minutos se deslizan sin llamar la atención hacia la pequeña puerta de una vieja casa de aspecto insignificante.

La música testaruda sigue enrollando y desenrollando en el aire las volutas de sus acordes lentos.

\*\*\*

El subterráneo de la vieja casa ha sido dispuesto y arreglado para la fundación de la Logia Isis.

Unos quince personajes se encuentran reunidos allí, sentados en semicírculo. Al fondo, detrás de una burda mesa, el conde de Sablons lee el acta secreta. Terminada la lectura, el conde exclama con voz solemne:

—Antes de pasar a la última prueba, tomad conocimiento de esta acta y jurad guardar el secreto y obedecer a las órdenes superiores.

El acta pasa de mano en mano y vuelve a su punto de partida, a la mesa que preside la sesión. El conde de Sablons levanta su mano sobre ella, y todos, de pie, hacen el mismo gesto para prestar juramento.

Una vez el juramento pronunciado, el conde se sienta de nuevo y dice:

—La última prueba.

Sobre la mesa, detrás de la cual preside el conde de Sablons, se encuentra un bocal metálico que contiene unos como dados con el nombre de cada uno de los asistentes.

De Sablons agita los dados y hace un signo.

Un hombre enmascarado se acerca junto a él, introduce la mano en el bocal y presenta un dado al conde, que lee:

—Monsieur de Volney.

En el medio de la asistencia, Monsieur de Volney se levanta y se dirige a la mesa. El conde de Sablons toma dos pistolas iguales, y abriendo el mecanismo, muestra a De Volney que una de las pistolas está cargada y la otra vacía.

Esconde las pistolas debajo de la mesa y las revuelve para que no puedan ser reconocidas; luego las presenta a Monsieur de Volney, que escoge una. Así, el azar decidirá de la vida o de la muerte del nuevo iniciado y el acto probará su coraje y su sumisión aun ante el mayor peligro.

El conde de Sablons confía al enmascarado la pistola elegida por Monsieur de Volney, al cual conduce hacia el muro del fondo.

La asamblea se muestra agitada y conmovida al par que un tanto curiosa.

Monsieur de Volney, con las espaldas pegadas al muro, aparece sereno y decidido. Uno a uno los asistentes se levantan y van a estrecharle la mano. El conde de Sablons lo abraza y se retira.

A unos diez metros de distancia, el hombre enmascarado espera la orden de hacer fuego. En el momento en que el conde de Sablons levanta la mano, el enmascarado apunta y dispara.

Monsieur de Volney, con la cabeza altiva echada atrás, contempla impasible como si hubiera estado seguro de que no iba a morir.

Casi en el mismo instante en que la pistola se descarga, se hace la obscuridad en la sala y una enorme bola de madera roja, que se ve a mitad incrustada en el techo, empieza a descender lentamente.

La bola desciende hasta el sitio ocupado por el conde de Sablons, que se levanta y va a sentarse entre los asistentes. Llegada a una altura de medio metro encima del suelo, la parte superior de la bola se desprende y se levanta poco a poco hacia el *plafond*, dejando ver al interior a Cagliostro en una pose de predicador en su púlpito.

Cagliostro pasea sobre la asamblea su mirada de acero; indica con un gesto breve a cada uno de ocupar su sitio, y luego, sacando de su seno el documento que le diera el conde de Saint-Germain en aquella memorable noche, allá en el subterráneo del lagar en ruinas, lo despliega y lee:

—Señor príncipe de Soubise.

Desde su sitio el príncipe de Soubise levanta la mano.

—Señor Jean-Jacques Rousseau.

El célebre filósofo levanta la mano, lentamente.

La voz de Cagliostro vuelve a tronar en el espacio cargado de expectativa:

—Señor Jean-Paul Marat.

Rápido, como si esperara su llamado, Marat levanta al cielo su mano.

Uno a uno Cagliostro nombra a todos los asistentes hasta que ha terminado la lista. Entonces el conde de Sablons se acerca a él y le presenta el acta que ha sido jurada por los nuevos iniciados.

Cagliostro pliega el documento y lo guarda, diciendo a los que le escuchan:

—Ahora que ya sois dignos y podéis saber algunas cosas, voy a revelaros de qué manera yo fui iniciado en Egipto, hace más de tres mil años.

Los ojos de la asamblea se abren grandes a la curiosidad y la sala se hace compacta de atención.

Cagliostro, sonriendo afablemente, como un patriarca que ha visto pasar ante sí todos los siglos y todos los acontecimientos, comienza su relato:

—Habiendo terminado con mi maestro Althotas los profundos estudios destinados a conducirme a la Ciencia Suprema, y después de haber perdido varias veces al Gran Hierofante se dignara iniciarme en el Misterio, una noche, en un templo de la ciudad de Menfis, me hicieron prestar juramento de ser capaz de soportar las pruebas necesarias, y luego me condujeron a la pirámide de Cheops.

El desierto arenoso se extendía hasta el fin del mundo bajo una luna pálida, una luna semejante a estas inmensas lunas que vemos en nuestras tardes, pero un poco más joven, más fina, más liviana que nuestra luna de hoy. En medio del desierto las pirámides se levantan hacia la noche, como senos ansiosos.

Las pirámides. Condensación del pasado, resumen de los siglos que se fueron, y que viven en ellas, que vuelven en ellas, perforando la Historia, para imponerse a nuestros ojos.

¡Las pirámides! Todos los misterios milenarios, toda la ciencia de los faraones y de los sacerdotes del gran pueblo.

Cagliostro, con los ojos vendados, camina lentamente en nuestra imaginación, entre el Gran Hierofante y su maestro Althotas. Sus pies dejan huellas profundas sobre las arenas del tiempo y sobre nuestras miradas atentas.

A medida que el trío se acerca a la pirámide, la pirámide se agranda, se agranda y parece levantarse, huraña y feroz, decidida a defender sus secretos. Es la pirámide de Cheops, la más grande que el hombre alcanzó a construir. Todo el universo se inclina ante ella; se llena de su masa; tiembla de su magnificencia.

Cuando los tres hombres llegan al pie de la pirámide, el Gran Hierofante golpea sobre una de las piedras de la base. El bloque gira y se abre como una puerta y los tres hombres penetran en el misterio. El bloque de piedra vuelve a cerrarse.

—Yo lo oí cerrarse tras nosotros —dice Cagliostro a sus auditores—, como si la vida se hubiera cerrado a mis espaldas y el mundo quedara muy

lejos de mí. En medio de ese silencio de piedra, empezamos a descender una larga escalera. Yo siempre con los ojos vendados, y conducido por Althotas y por el Gran Hierofante. Una enorme sala semejante a una bóveda mortuoria se extendía a los pies de la escalera. Habíamos avanzado tres o cuatro pasos en la sala, cuando el Gran Hierofante me retiró la venda de los ojos, y mostrándome en el fondo una enorme esfinge, me dijo:

—Allí se esconde el libro del misterio, el libro de la vida y de la muerte.

Marchamos hasta el pie de la esfinge, y allí la voz del sacerdote tronó de nuevo:

—Sigue derecho tu camino; pruébanos tu fuerza y tu voluntad, y no reveles jamás los secretos. Te contarás entre los reyes del tiempo si eres vencedor de las cinco grandes pruebas.

Volvió a ponerme la venda sobre los ojos y desapareció. Entonces mi maestro Althotas me tomó la mano y juntos penetramos en el subterráneo bajo el pedestal de la esfinge.

\*\*\*

### *La prueba de la tierra.*

Una escalera desciende en el seno del pedestal. Al fondo se distingue un muro con una pequeña puerta de hierro. Althotas y Cagliostro entran por la puerta y se detienen en la plataforma.

Althotas conduce a Cagliostro de la mano hasta el borde de la escalera. Una vez allí lo suelta y dice:

—Desciende esta escalera y cuenta los escalones. Un abismo se abre delante de ti. Vuelve sobre tus pasos o arrójate en él si no tienes miedo.

Lentamente Cagliostro comienza a bajar los escalones suspendidos sobre el abismo. Althotas retrocede algunos pasos y se coloca en el umbral de la puerta.

Cagliostro sigue bajando. Cuatro escalones faltan todavía para llegar al término de la escalera, que es el vacío.

Baja dos gradas más..., una más...

En ese instante angustioso, Althotas abre la puerta y desaparece tras ella, gritando:

—Adiós.

En el último escalón, Cagliostro vacila un instante. Se diría que sus sentidos presienten el vacío. Pero inmediatamente se rehace, levanta el pie sobre el abismo, avanza y cae.

—¡Oh amigos míos! —exclama la voz sorda de Cagliostro—, aún tiemblo al recordar ese instante horroroso. Caí al fondo del abismo, recuerdo

que sentí crujir todo mi cuerpo y que tocaba febrilmente mis miembros doloridos, no pudiendo creer que estuvieran aún en su sitio. Me arranqué la venda de los ojos, me levanté penosamente, mirando hacia todos lados para darme cuenta del sitio en que me encontraba. En el mismo instante una espesa nube de humo se levantó ante mí, y un horrible esqueleto apareció en medio, un esqueleto que se movía, que levantaba sobre mi cabeza una enorme guadaña. Saliendo del esqueleto o de los muros, una voz empezó a gritar:

—¡Maldición a los que vienen a turbar la paz de los muertos!

Yo no hice ni el menor movimiento; me quedé rígido ante la guadaña amenazadora. Entonces el esqueleto levantó un brazo, mostrándome la puerta de salida de aquel abismo, y, tendiéndome una antorcha iluminada, me dijo:

—Arrástrate en la soledad estrecha y oscura como en el vientre de tu madre.

Cogí la antorcha, abrí la puerta, que volvió a cerrarse violentamente apenas hube pasado, y me hundí en un canal estrecho como un tubo labrado en las entrañas de la tierra.

Cuán pequeño me sentía, cuán miserable e inexistente en el fondo de ese túnel tan estrecho que me veía obligado a arrastrarme como un gusano, sin otra luz que la antorcha que llevaba en mi mano como una estrella personal.

Así me arrastraba, me arrastraba... No había aire, la respiración se hacía difícil, sentía que me ahogaba y a cada instante la fatiga me obligaba a detenerme.

Me arrastraba, me arrastraba. El túnel parecía interminable. La angustia me oprimía el pecho; un sudor frío invadía mi frente, se me secaba la garganta, y a cada tres pasos la falta de aire me hacía caer inanimado. Volvía a hacer un esfuerzo y continuaba arrastrándome.

Miraba hacia atrás y la luz de la antorcha me mostraba el camino recorrido. Miraba hacia adelante y la luz de la antorcha me mostraba el camino por recorrer. ¡Qué desesperación! ¡Qué horrible angustia! Ninguna puerta, ninguna fisura que me indicara el fin de semejante martirio.

El espanto agrandaba mis ojos. Un terror mortal debía pintarse en mi rostro. Ya no podía más, toda esperanza me abandonaba, y así caí por última vez, azoté la cabeza en el suelo, resignado a todo, exclamando en mi desolación:

—Estoy perdido. Van a dejarme morir en esta horrible tumba.

—No —pensé—, no, no es posible, ¿en dónde está mi valor?, ¿en dónde están mis fuerzas? He prometido no desfallecer, y no desfalleceré. Adelante, adelante.

No sé de dónde pude sacar una última energía, pero volví a continuar mi camino arrastrándome desesperadamente.

De repente la antorcha me mostró una curva del túnel. Llegado a la curva, torcí resueltamente, encontré una nueva vuelta, y así por tres veces, hasta que ya medio muerto di por fin con la salida.

Salí de aquel horrible canal por un agujero más estrecho aún. Para qué contaros mi alegría al ver la luz, una luz que no era la luz del sol, pero que le era muy semejante. Me puse de pie, respirando a plenos pulmones el aire puro que me azotaba el rostro.

Al pie de la abertura por la cual había salido del túnel, otra escalera se ofrecía a mis pasos. Mis rodillas se doblaban de fatiga al descender las gradas. Abajo, a dos metros del último escalón, una puerta me cerraba el camino. Apenas había bajado la escalera y me dirigía a la puerta, cuando esta se abrió por sí sola, como invitándome a pasar.

Al otro lado de la puerta una galería espaciosa apareció a mis ojos, y dos iniciados se acercaron a mí, sonriendo. Uno de ellos me dirigió estas palabras:

—Has vencido a la tierra. Antes de continuar, debes jurar que guardarás el secreto más absoluto sobre todo lo que vas a ver, y que nunca te servirás de tus fuerzas para satisfacer tus ambiciones personales, ni para turbar el ritmo de la vida.

Yo juré levantando las manos al cielo, y entonces aquel que me había tomado el juramento me tocó la espalda y me mostró con el dedo el castigo...

\*\*\*

### *El castigo de los perjuros.*

Y pude ver en un costado de la galería una enorme esfinge, cuyos ojos se iluminaban y se apagaban; cuyas narices humeaban. Su boca se abría y un chorro de llamas salía del interior de su cuerpo. Un hombre se debatía entre las garras de la esfinge, que caían pesadamente, una después de otra, sobre las carnes quemadas y despedazadas, aplastando su cuerpo.

Cuando fijé mis ojos en el horrible castigo, me pareció que un líquido frío me quebraba las espaldas.

Uno de los iniciados me cogió de la mano y me llevó ante una gran puerta que abrió penosamente, indicándome que debía pasar y seguir mi ruta. Me dijo:

—Anda y no retrocedas, pues la retirada es imposible.

La puerta se cerró sobre mí y sobre sus palabras.

\*\*\*

### *La prueba del fuego.*

Al ruido que hizo la puerta al cerrarse —prosigue Cagliostro—, yo volví la cabeza y vi que detrás de mí todo había desaparecido tras el enorme muro de piedra. Quise entonces continuar mi camino, pero no había alcanzado a dar un paso cuando un humo espeso y violento se levantó ante mis pies, y en un abrir y cerrar de ojos, un inmenso jardín de llamas se alumbró como por encanto y empezó a rodearme por todos lados.

Un terror súbito se apoderó de mí. Apenas pude dominar mis nervios, me lancé en medio de los torbellinos de fuego.

Corrí a través de las llamas cubriéndome el rostro para no quemarme y para no ahogarme. Atravesé como una flecha la inmensa hoguera, y sin saber cómo, sin que pudiera darme cuenta, me encontré de repente al otro lado del jardín de fuego que seguía ardiendo a mis espaldas.

Estaba en la orilla de un lago. Detrás de mí, el fuego; delante de mí, el agua.

\*\*\*

### *La prueba del agua.*

Para seguir mi camino, no me quedaba más que arrojarme al agua. Lo que hice sin vacilar... Y entonces el lago, que parecía manso y dulce, se cambió bruscamente en una corriente arrolladora, que venía a golpearme el pecho.

Yo luchaba contra la corriente, y, a pesar de mis esfuerzos desesperados, apenas lograba avanzar un poco. La corriente contraria se convirtió en una tempestad, las olas me azotaban la cabeza como puños feroces. Me debatía contra la rabia de las aguas. Me hundía, volvía a salir a flote y volvía a hundirme.

Ya creía que todo había terminado y que iba a morir en ese lago furioso, cuando tras una última ola apareció la ribera. La tempestad se calmó.

Cerca de la orilla una gruta abierta en la roca abría sus fauces como un dragón petrificado. Al salir del agua, no viendo otro pasaje por donde continuar mi camino, entré en la caverna.

La gruta daba sobre una garganta entre rocas subterráneas, y su salida era un pequeño puente de madera que unía las dos paredes de la montaña.

\*\*\*

### *La prueba del aire.*

Atravesé el pequeño puente de madera desde encima del cual se dominaba la inmensa profundidad de la garganta estrecha e interminable.

Del otro lado del puente una puerta cerrada ofrecía a mis pies una grada elevada del suelo como a la altura de dos manos. Subí la grada y golpeé en la puerta. Nadie respondía. El eco multiplicaba mis golpes, hasta la eternidad. La puerta seguía cerrada.

Golpeaba con más y más fuerza. El eco seguía respondiendo a mis golpes desde el fondo del barranco. La puerta no se abría.

Entonces, mirando hacia todos lados, vi que encima de mi cabeza un grueso anillo de metal colgaba del hocico de un león. Lo cogí y tiré.

En el mismo instante una cosa espantosa se produjo. Se oyó un ruido formidable. El puente y la plataforma sobre la cual yo estaba de pie rodaron hasta el fondo del abismo, rebotando entre las rocas.

Yo quedé suspendido en el aire, colgado del anillo, mirando con los ojos aterrorizados la profundidad del precipicio sobre el cual me balanceaba, sin saber dónde poner los pies.

Me pareció distinguir al fondo del abismo, junto con los trozos del puente hecho añicos, pedazos de esqueletos y huesos humanos.

Entonces pensé que acaso muy pronto mis huesos brillarían al fondo del precipicio al lado de aquellos de otros audaces que, como yo, intentaron las pruebas y no pudieron llegar hasta el término.

Me parecía que en el fondo de mí mismo una voz me decía: «Ha llegado la hora de pagar tu loca pretensión, pobre hombrecillo ignorante y temerario».

Mirar al fondo del abismo me daba vértigo. Mi brazo se fatigaba con el peso de mi cuerpo y cerré los ojos para no sentir la atracción del precipicio.

Iba a golpear en la puerta una vez más con los pies cuando empezó a girar lentamente, arrastrando mi cuerpo hacia el otro lado.

\*\*\*

### *La prueba de la carne.*

Al otro lado me encontré en una magnífica sala de palacio egipcio.

Cagliostro, extenuado de fatiga, aparece ante nuestros ojos, dirigiéndose hacia un gran sillón de madera labrada que se encuentra ante una mesa y en el cual se deja caer pesadamente. La mesa está preparada como si esperara a alguien. Cubierta de copas, de jarros de vino, de magníficas frutas y de los guisos más variados.

Detrás del sillón en donde está sentado Cagliostro se encuentra un cortinaje grande y pesado como las tapicerías que se ven en los sueños.

Cagliostro toma una copa y bebe ávidamente. Su rostro recupera el color. Se diría que el pobre hombre medio muerto de fatiga vuelve a vivir de nuevo.

A la segunda copa el pasado se borra completamente de su memoria. Se siente fuerte, vigoroso, cual si nada de lo que acabamos de ver hubiera pasado.

Como si cayera del cielo, una música extraña se derrama en la sala, envolviendo al mago en la tibieza de su manto melodioso. Al son de esa música que parece brotar de todos los objetos que lo rodean, un grupo de mujeres desnudas avanza hacia él, bailando en torno suyo como nadie nunca ha visto bailar.

Es imposible soñar rostros y cuerpos más hermosos. Ni los pinceles del opio ni del éter podrían pintar tales bellezas extrahumanas.

Con pasos lascivos, las tentadoras van estrechando el círculo en torno de Cagliostro, que siente una voluptuosidad desconocida invadir todo su cuerpo.

Un fuego extraño recorre sus venas como si los licores hubieran vertido en ellas un líquido incandescente que se aviva y se agita cada vez que una de esas maravillosas criaturas se acerca a él ofreciéndole sus encantos, rozando sus manos y acariciándole los cabellos.

Esta es la prueba de la carne —piensa el mago—, la más terrible de las pruebas, porque parece la menos peligrosa y la tentación se presenta en el momento preciso, cuando la razón está oscurecida por los licores y el deseo sabiamente excitado.

Cada vez que Cagliostro siente desfallecer su voluntad y que acerca su rostro a alguna de aquellas mujeres, con los labios tendidos al amor, mi sacerdote escondido detrás del cortinaje levanta un puñal sobre su cabeza.

Las mujeres lo rodean, le arrojan flores y algunas llegan hasta echarle los brazos al cuello.

Cagliostro, desesperado, no pudiendo ya refrenar los impulsos del instinto, se levanta y huye, atropellando los cuerpos de las bailarinas que le cierran el camino.

Cubriéndose los ojos para no verlas, retrocede, retrocede, y entra así en el templo de Isis, el gran templo cuya puerta se abre al fondo de la sala.

El Gran Hierofante, seguido de todos los sacerdotes, avanza al encuentro de Cagliostro, que aparece inmóvil al medio del templo.

El Gran Hierofante, llegando junto a él, lo estrecha en sus brazos y le dice: —¡Salud, oh vencedor de las cinco grandes pruebas! Ahora puedes conocer el secreto.

El Gran Hierofante y Cagliostro atraviesan el templo en medio de la doble fila de los sacerdotes y se dirigen hacia la estatua de la diosa Isis, que levanta su vela.

Ambos penetran por la puerta del pedestal, y mientras el velo vuelve a caer sobre la puerta, los sacerdotes se inclinan hasta el suelo.

\*\*\*

Cagliostro mira escrutador a la asamblea silenciosa, que escucha religiosamente su relato, y termina con estas palabras:

—Ambos entramos en el Misterio que no se puede revelar.

Sus ojos se cierran como si bruscamente hubiera caído la noche sobre una gruta de maravillas.

Juntando las manos, el mago agrega:

—Si un día alguno de vosotros es digno, lo recibirá como herencia. Si no, el secreto morirá conmigo.

La parte superior de la bola de madera empieza a descender del techo y, después de haber recubierto la parte inferior, remonta toda entera al *plafond*, en donde vuelve a incrustarse hasta la mitad.

En el mismo momento una lluvia de flores cae sobre la asistencia.

\*\*\*

Con la cabeza inclinada como si una preocupación le pesara en el cerebro, Cagliostro camina hacia su casa.

¡Cuántos soles se alumbran y se apagan en su cabeza! Y quién diría el poder enorme de aquel hombre, cuyos pasos solitarios van resonando en las calles desiertas.

Al volver una esquina, el mago, que se aleja sumido en sus reflexiones, casi se choca con el cuerpo de Marcival, que viene en sentido opuesto, que acaso lo estaba esperando.

Ambos hombres se saludan indiferentemente. Se diría que Marcival iba a detenerse, tal vez quiso dirigir la palabra a Cagliostro, detenerlo un instante. Sin embargo, sigue su camino, y cada cual se pierde por su lado en la obscuridad de la noche.

\*\*\*

En la pieza contigua del laboratorio de Cagliostro, Lorenza cuenta su vida a la marquesa de Montvert, que la escucha con sumo interés y con una gran simpatía.

—¿De manera que usted vive encerrada, que no la deja salir a ninguna parte fuera de la casa?

—Ya lo ve usted, marquesa, encerrada como en una prisión, y a veces semanas enteras sin poder salir de mi pieza. Esta es la primera vez desde que estamos en París que puedo hablar con alguien y eso bajo la vigilancia de su criado Albios, que es como su perro fiel; puede usted estar segura de que en este instante mismo nos está espionando y tal vez tratando de oír nuestra conversación. Comprenderá usted que Cagliostro ya no es para mí un marido.

—Entonces, ¿no le ama usted?

—A veces creo amarle, sobre todo antes, pero ahora...

—¿Ahora no?

—Ahora me inspira miedo, un miedo horrible. Yo quiero huir, sólo quiero huir de aquí, huir de su lado lo más pronto posible. Se me figura que ha hecho pacto con los demonios. Por piedad, marquesa, ayúdeme a salir de aquí. Usted puede encontrar una manera de salvarme. No sé por qué usted me inspira tal confianza.

—Si algo puede hacerse, yo trataré de hacerlo. Dígame, ¿cree usted que Cagliostro hace el mal?

—No sé, ignoro los fines que persigue, pero yo no quiero ser responsable de nada de lo que pueda pasar mañana. Yo quiero huir, quiero volver a mi familia allá en Italia, o ir a esconderme en un convento.

—¿Pero usted sospecha alguna cosa?

—No, yo no sé nada. Tengo miedo y no sé de qué. Esto no es vida, prefero morir antes que seguir viviendo así, encerrada como si fuera culpable de un crimen que no he cometido.

—Usted es tal vez culpable de saber demasiadas cosas sobre el mago.

—¡Ah! Si yo pudiera, mi buena amiga, si yo... Silencio, por favor, silencio.

El rostro de Lorenza se demuda y exclama espantada:

—Helo aquí. Ya viene. Lo siento venir, viene acercándose a la casa... ¡Oh Dios mío! ¿Hasta cuándo?... Tuerce por la esquina de nuestra calle..., ya viene... Yo quiero huir, yo quiero partir de aquí...

—Pero, hija mía.

—Silencio, por favor... Ya llega a la puerta... Sube la escalinata... Está ahí, esta ahí..., está aquí.

Cagliostro aparece en el umbral de la puerta. Triste, pensativo, una ligera sonrisa se inclina en sus labios como para volarse.

Se acerca a saludar a la marquesa, pero esta se levanta y huye espantada gritando:

—¡Viene del infierno, viene del infierno!

Cagliostro interroga con su mirada de hierro:

—¿Qué pasa, Lorenza? ¿Qué ha sucedido? Supongo que no has abusado de la libertad que te acuerdo desde hace algunos días.

—¿Libertad? ¿A esto llamáis vos libertad?

—Amor mío, ¿qué tienes? Estás pálida, estás temblando —dice Cagliostro, cuyos ojos, dulcificados por el cariño, se fijan en Lorenza.

—Quiero salir de este calabozo.

—Pronto podrás salir, pronto, muy pronto, y serás reina entre las reinas.

—¿Pronto? Hace tres años que oigo esta palabra. Estoy cansada de promesas, quiero salir de aquí. Yo no os amo, he sido vuestra esclava y no vuestra mujer. Francamente yo os detesto.

—Calla, Lorenza, calla.

—Sí, os detesto. Habéis hecho de mí vuestro instrumento, me habéis guardado porque teníais necesidad de mí y me habéis hecho llevar una vida de mártir que ya no puedo soportar más.

—Calla, Lorenza, calla. Tus palabras me hacen daño. Tú no puedes comprender, pero un día...

—Sí, un día, un día... No, no callaré. Yo quiero mi libertad. Os detesto, me inspiráis...

—Cállate, he dicho.

Cagliostro se allega a su mujer y, al mismo tiempo que clava en ella sus ojos, su mano se posa sobre la cabeza de la mujer, que cae bruscamente hacia atrás.

La voz de Cagliostro truena:

—A partir de este instante me amarás despierta como me amas bajo el sueño hipnótico.

Pronunciadas estas palabras, el mago coge a su mujer en los brazos y la arrastra hacia un sillón, en donde la instala cómodamente y, después de besarla en la cabeza, le ordena:

—Despierta. Despierta y obedece.

Lorenza abre los ojos, lo contempla amorosamente como si volviera después de una larga ausencia y echándole los brazos al cuello le promete quedarse siempre a su lado.

—Sí, amor mío —dice Lorenza con una voz cambiada—, seguiré a tu lado hasta el fin de mi vida.

Cagliostro sonrío satisfecho, le da un beso en la frente y se dirige hacia la puerta del fondo, por donde sale con aire victorioso.

Cagliostro acaba apenas de cerrar la puerta y sus pasos resuenan aún al otro lado, cuando Marcival aparece junto a Lorenza.

No se sabe de dónde ha venido, ni por dónde ha entrado. Se ve su sombra que se aproxima lentamente como si bajara las gradas de una neblina, y a medida que se acerca, su cuerpo y su rostro se condensan y se precisan.

A su vez Marcival hipnotiza a Lorenza y sus labios dejan caer estas palabras sobre la mujer dormida:

—Sigue tu ruta y que jamás una fuerza extraña pueda cambiar tu destino.

Luego la despierta y se aleja sin ruido, sin que la misma hipnotizada le haya visto.

\*\*\*

Mientras se desarrolla esta escena junto al laboratorio del mago, un poco más allá, en su gran salón, este recibe la visita de dos damas de honor de la reina María Antonieta.

—Su Majestad la reina ha oído hablar de los prodigios del conde Cagliostro y desea invitaros a la corte —dice una de las damas.

Y la otra agrega:

—Hemos venido a invitaros en su nombre para que vayáis mañana a Versalles.

—Su Majestad —responde Cagliostro— no tiene más que ordenar y sus deseos serán satisfechos. Mañana iré a la corte.

—Entonces, conde Cagliostro, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Ambas damas se levantan, Cagliostro las conduce hasta la puerta y se inclina saludando.

Las damas de honor de la reina suben en la carroza que las espera ante la casa del mago.

\*\*\*

La carroza circula a través de las calles de París.

Al desembocar en el cruce de dos calles, uno de los caballos de la carroza atropella a un pasante, un pasante demasiado pensativo, de edad indefinible, esa edad legendaria de los hombres trágicos. Sumido en sus reflexiones, el personaje iba a pasar de una vereda a otra en el mismo momento en que la carroza doblaba la esquina.

El pobre hombre cae por el suelo entre las ruedas y las patas de los caballos.

El cochero, asustado, detiene el carruaje. Las gentes se amontonan en torno y las dos damas de la reina descienden del coche para socorrer al herido, que se levanta mucho más viejo que lo que había caído.

—No es nada —dice—; un pequeño golpe sin mayor importancia.

Se lleva la mano a la cabeza y una mancha de sangre cubre sus dedos.

—Se ha roto el cráneo —dice, lastimeramente, una de las damas, tendiéndole su pañuelo diminuto bordado de encajes.

—No es nada —repite el herido—; soy médico y llegando a mi casa en dos minutos estancaré la sangre. No es nada.

—Subid con nosotros. Iremos a dejarle a su casa —agregó la dama.

—Tenga la bondad de darnos su nombre y su dirección —pide la otra dama.

—Doctor Guillotin, 14 rue de Saint-Louis.

El doctor sube en la carroza, que se aleja en medio de un grupo de curiosos, esos curiosos siempre necesarios para comentar todo accidente.

Ligera, la carroza se pierde a lo lejos. ¡Oh inocente carroza!

Cagliostro entra en su laboratorio. Al llegar al medio de la pieza, mira hacia todos lados, con inquietud, como si presintiera algo extraño.

Aproximándose a su mesa de trabajo, advierte un papel colocado en el mismo sitio en donde él tiene costumbre de trabajar. Lo toma y lee:

*Conde Cagliostro: ¡Cuidado! Alguien sigue tus pasos. Todo lo que es secreto puede dejar de serlo. Ya en dos ocasiones has pretendido turbar el ritmo de la vida. ¡Oh gran Copto!, tu castigo será terrible.*

El mago pasa inmediatamente a la pieza contigua y apenas percibe a su mujer, sentada, con la cabeza entre las manos, sin decirle una palabra la duerme a distancia. Con los brazos tendidos hacia ella, enviándole todo su fluido hipnótico, se va acercando, mientras que ella, sacudida por un temblor nervioso, deja caer la cabeza hacia atrás.

—Lorenza, escúchame y obedece —dice el mago.

—¿Qué deseas? Ordena, amigo mío —responde la pobre Lorenza, entreabriendo apenas los labios.

—Dirige tus miradas hacia mi laboratorio. Alguien entró hace un momento y dejó este papel sobre mi mesa. ¿Oyes? ¿Estás viendo?

—Sí, oigo; sí, veo... —responde Lorenza.

—¿Quién ha sido el audaz? Dime, ¿quién es la persona que ha entrado a mi gabinete de trabajo?

Lorenza no responde.

—¿No oyes lo que te pregunto? —interroga, nerviosamente, Cagliostro.

—Sí, sí, oigo.

—¿Entonces, no ves?

—Sí, sí, veo.

—¿Y por qué no respondes? Responde, te lo ordeno... ¿Me oyes? Obedéceme, responde.

—Es..., es...

La voz se estrangula en la garganta de Lorenza y una atroz lucha interna se dibuja en su rostro, como si una batalla desesperada, una lucha a muerte, se librara en las células de su cerebro.

—Pero, ¿qué tienes? ¿Qué pasa? —grita Cagliostro—. Responde, te lo ordeno, responde.

Los labios de Lorenza, sacudidos por un extraño temblor, no dejan escapar una sola palabra.

—Te lo ordeno..., te suplico, amor mío, responde —grita otra vez Cagliostro—. ¿No ves quién ha sido?

—Sí, sí, veo.

—Y entonces, ¿por qué no me lo dices?

Una expresión de indecible dolor se pinta en el rostro de Lorenza, que exclama apenas:

—No puedo decirlo.

Y entonces, temblando entera, como presa de una especie de delirio, agrega:

—Huyamos, por amor de Dios, huyamos. ¡Oh, sí!, te lo suplico de rodillas, huyamos. El que ha puesto ese papel sobre tu mesa es más fuerte que tú.

Cagliostro hace una mueca de cólera y se precipita fuera de la pieza, fuera de la casa, fuera de la batalla.

\*\*\*

Al día siguiente por la tarde, en un salón de Versalles, cortesanos y cortesanas, en torno a Luis XVI y a María Antonieta, escuchan las palabras de Cagliostro, que sonrío apenas, viendo la curiosidad que despierta su persona.

El rey tiene cara de un buen hombre. Un buen hombre con cara de buen hombre. La reina tiene algo de infantil en la mirada y en los modos. Una frescura de leche fresca en toda su persona, una inocente coquetería de fruta matinal.

Sin embargo, se diría que en las mejillas de los reyes una flor agoniza lentamente. Los lises se mueren.

Todas las miradas convergen en Cagliostro; todos los oídos están pendientes de sus labios.

El mago ofrece a la reina un ramo de flores.

—Sé que Vuestra Majestad ama mucho las flores, y como en esta época no las hay en toda Europa, me han parecido un regalo agradable a vuestros ojos.

—Más que agradable, conde Cagliostro —responde la reina—. Agradable y maravilloso, milagroso, pues no sé cómo puede usted procurarse flores en esta estación.

—Las flores son seres vivos, Majestad, y basta darles un poco de calor de corazón para ayudarlas a vivir en todo tiempo. La gente lo ignora, pero es así.

—¿Y podría usted hacerme vivir aquellas que están allí esperando el sol en esa jardinera al fondo del salón? Le advierto que sólo quedan los tallos.

—Cada uno de nosotros lleva en sí un poco de sol. Saberlo desarrollar y saber servirse de él, he ahí el problema.

—¿Entonces, cree usted que sería posible?

—Si Vuestra Majestad lo ordena...

—Os lo suplico, conde.

Cagliostro se dirige hacia la jardinera, la cubre con su cuerpo, luego coloca las manos sobre ella, las levanta y las deja en el aire un momento. Vuelve otra vez a bajarlas hasta la tierra de la jardinera. Repite varias veces esta operación. Luego, bruscamente, se retira hacia un lado y bajo sus manos aparecen los tallos floreciendo; los tallos suben, crecen, se abren ante los ojos maravillados de los asistentes, como si el mago hubiera sido también un excelente prestidigitador.

—¡Es maravilloso, es extraordinario! —exclaman cien voces al mismo tiempo.

—Con razón cuentan que usted hace verdaderos milagros —dice el rey, que hasta entonces era el más escéptico de todos.

—Es prodigioso, prodigioso —repite la reina.

Cagliostro se inclina ante esa catarata de alabanzas, como un actor ante los aplausos de su público.

—Es maravilloso —dice, acercándose al mago, una de las damas que fueran a invitarlo de parte de la reina—, es maravilloso, pero lo que nosotros deseamos, con el permiso de Sus Majestades, es que usted nos muestre nuestro porvenir.

—Eso nunca —responde Cagliostro—. Pedidme todo lo que queráis, menos eso.

—Eso es justamente lo más interesante —dice la reina.

—Majestad, os suplico no me pidáis mostrar el porvenir a nadie.

—¿Es que acaso usted no puede adivinarlo? —replica la reina, como para picar el amor propio del mago.

La frase logra su objeto. Ello se nota en las facciones de Cagliostro.

—Como poder, sí que lo puedo. Pero no debo hacerlo.

—¿Por qué no debe usted hacerlo, conde?

—Porque..., porque...

—Porque es una cosa imposible —agrega la reina.

—Nada es imposible, Majestad —responde Cagliostro, algo molesto por las puntillas que le lanza la reina—. Nada es imposible, sobre todo para ciertos hombres.

—Entonces será necesario rogaros, suplicaros —interroga una de las amigas de la reina.

—Os ruego no rogarme —exclama Cagliostro.

—Yo os digo que mi curiosidad es más fuerte que vuestro ruego —deja escapar la reina, visiblemente interesada.

—Vamos, conde Cagliostro —agrega el rey—, os guardaremos el secreto.

El ceño de Cagliostro deja adivinar una cierta contrariedad, a la vez que un cierto placer en someterse a la prueba. Al fin se resuelve, exclamando:

—Sea. Puesto que tanto lo deseáis... Sea. Apagad las luces.

Se dirige hacia el gran espejo que se encuentra al fondo del salón, y sacando de un bolsillo interno una pequeña varilla de acero, golpea con ella en el centro del espejo, luego la retira deslizándola hacia un costado del espejo sin levantarla. En el mismo instante aparece en el espejo un verdadero racimo de cabezas cortadas, entre las cuales casi todos los asistentes se reconocen, aterrados.

Las cabezas sanguinolentas del rey y de la reina aparecen en primer término.

La reina siente un escalofrío recorrerle todo el cuerpo y, tratando de aparecer serena, exclama en voz alta:

—Pero, señor mago, lo que usted nos muestra allí es el fin del mundo.

—No —responde Cagliostro—. No es el fin del mundo, Majestad.

Numerosas voces, temblando de emoción, exhalan un:

—¡Qué horror!, ¡qué atrocidad!

Otras voces murmuran:

—Es monstruoso.

Cagliostro responde apenas:

—Os lo había advertido..., nunca se debe tratar de ver el porvenir.

—Si no es el fin del mundo, conde Cagliostro es, por lo menos, el fin de la Francia —dice la voz segura y calma del rey.

—Tampoco, Majestad —responde de nuevo el mago—. Después vendrá el triunfo del Águila.

Cagliostro toca de nuevo el espejo con su varilla extraordinaria y se ve aparecer, en un gran cuadro, la figura de Napoleón sobre su caballo, dominando un campo de batalla como quien domina la Historia.

—¿Y ése quién es? —interroga la reina.

—Es uno que se prepara a ser —responde Cagliostro, como gozando con su respuesta—. Es uno que se pasea ya por vuestras tierras y que tal vez Sus Majestades habrán rozado en alguna parte sin siquiera percatarse.

Aquí la visión se corta y se ve en el fondo del espejo un águila que se acerca, que se agranda, se agranda. En la parte inferior del espejo aparece un gran mapamundi, en el cual el mapa de Europa resalta claramente. La sombra del águila pasa sobre el mapamundi. Luego, haciéndose enorme, lo cubre entero con sus alas.

Bruscamente, como herida por un rayo, el águila se estremece con un movimiento nervioso y empieza a caer vertiginosamente.

Cae, cae, cae...

El águila cae y va a estrellarse contra las rocas de una isla lejana. Apenas el águila ha tocado el suelo, se ve levantarse en el mismo sitio, sobre las mismas rocas, aparecida como por encantamiento, la figura de Napoleón, mirando tristemente el vaivén de las olas del mar.

Cuando la visión desaparece, Cagliostro también ha desaparecido, dejando el estupor del misterio y la angustia de las profecías entre los muros del salón real.

\*\*\*

Cagliostro ha vuelto a su casa. Al entrar en la pieza de Lorenza advierte, contrariado, que su mujer no se encuentra en ella.

La busca por toda la casa. En vano. Lorenza no está en ninguna parte.

Llama, eleva la voz, grita a su criado. Albios llega corriendo. Él no la ha visto salir. Se había quedado dormido un instante; sin saber cómo, de repente se sintió presa de un sueño invencible. Acaso Lorenza aprovechó ese momento para huir de su prisión.

—¡Alguien se atraviesa en mi camino! —exclama el mago, cerrando los puños.

Con una mueca de angustia en los labios, con el rostro descompuesto, desesperado, Cagliostro coge su sombrero y sale precipitadamente a la calle.

\*\*\*

Va por las calles casi corriendo, mirando hacia todos lados. De repente ve venir por la acera a una muchacha del pueblo que se acerca con un canasto debajo del brazo.

Corre hacia ella, la hipnotiza sin más preámbulos y le pregunta en dónde se encuentra su mujer.

La joven, de pie, rígida, con el rostro echado atrás y los ojos entornados sobre la eternidad, responde entre dientes:

—Se ha escapado de vuestra casa, llevándose ciertos documentos secretos que acaba de entregar a la policía.

Se diría que los ojos de Cagliostro van a perforar la noche. Sus manos se crispan en gesto de cólera que subrayan los gestos de su boca, y pregunta febrilmente:

—¿En dónde se encuentra en este momento?

—En un albergue que se llama “La Estrella de Oro”, no lejos de Notre-Dame.

—¿Qué hace? ¿Qué piensa hacer?

—Allí fue, recomendada por un policía. Piensa huir mañana mismo lejos de París.

Cagliostro sopla con fuerza sobre la frente de la joven, la despierta, deja caer en sus manos algunas monedas y se aleja angustiado, ante la mirada

estupefacta de aquella que ha sido su instrumento durante dos minutos y que no comprende nada de lo que ha pasado.

La joven permanece inmóvil, como una estatua, entre la calle y la eternidad.

\*\*\*

El mago vuelve a su casa.

Una vez, en su laboratorio llama a Albios, le da un puñal, coloca sus manos sobre la cabeza del criado y, mirándole fijamente en los ojos, lo somete a su voluntad y le ordena:

—Anda al albergue de «La Estrella de Oro» y mata a Lorenza.

El cuerpo del hipnotizado se estremece en un violento sobresalto al oír la orden.

—No hay otro remedio —agrega Cagliostro—; obedece.

Albios sale, como un autómatas, caminando derecho detrás de sus ojos clavados.

\*\*\*

Es una noche solemne, una noche que se da cuenta de su importancia histórica.

(Lector, coge una novela, lee en ella la descripción de cualquier noche en la cual va a pasar un acontecimiento grave. Y luego continúa esta página).

Albios llega a la calle en donde se encuentra el albergue de «La Estrella de Oro».

Frente al albergue, al verlo acercarse, una sombra se aleja algunos pasos.

Albios penetra en el albergue como en el remolino de una tragedia.

La sombra, volviendo atrás, vuelve a pasar ante la puerta de entrada, deja caer la capa que lo oculta y aparece la larga silueta, el rostro ascético de Marcival. Esa sombra es como un guión que tratara de unir la tierra y el infinito.

\*\*\*

En una alcoba del albergue, Lorenza duerme con un sueño tranquilo, como si nada hubiera pasado, como si nadie la amenazara, como si sintiera que alguien protege su sueño.

Bruscamente una ventana interna de la alcoba, una ventana que da hacia algún tejado de adentro de la casa, se abre y aparece el rostro de Albios, con los ojos clavados.

Albios monta a caballo sobre el borde de la ventana y penetra en la habitación.

Se dirige derecho hacia la cama en donde duerme Lorenza. Se detiene frente a ella y levanta el puñal sobre el pecho de la mujer dormida.

\*\*\*

En la calle, Marcival tiene los ojos levantados, fijos en la otra ventana de la alcoba, la ventana que da sobre la calle y que parece un cuadrado al fondo del universo.

Esta ventana toma ahora una vida propia, se llena de alma a causa del interés momentáneo que tiene en la historia.

En el mismo instante en que Albios va a dejar caer su puñal y clavarlo en el pecho de Lorenza, Marcival, en la calle, levanta también su mano al cielo, como si quisiera detener la fatalidad.

\*\*\*

Albios se queda con el puñal en el aire, sintiendo su brazo amarrado al espacio.

Hace un esfuerzo como para liberar su mano de ese lazo invisible.

Vacila un instante, su cuerpo se estremece y bruscamente, girando sobre sus talones, vuelve por donde había venido. Se aleja con los ojos clavados.

En un jardín lejano se oye el alegato de dos ruiseñores que se disputan la luna.

\*\*\*

En el laboratorio de Cagliostro, Albios explica que no pudo cumplir su misión, que le fue imposible obedecer la orden recibida. No sabe qué pasó. El puñal vengador parecía plantado en el aire.

—Una fuerza desconocida me detuvo el brazo y me obligó a salir de la alcoba.

Al oír las palabras de su servidor, de cuya fidelidad le es imposible dudar, Cagliostro le arrebató el puñal y parte a hacer su justicia él mismo.

\*\*\*

Marcival vela el sueño de Lorenza y vigila siempre apostado en la misma calle.

Viendo desde lejos venir a Cagliostro, se dirige hacia el lado opuesto y dobla la primera esquina.

Apenas Cagliostro ha entrado en el albergue, Marcival vuelve sobre sus pasos precipitadamente y levanta la mano derecha hacia la habitación de Lorenza.

\*\*\*

Cagliostro empuja la puerta de la alcoba en donde duerme su mujer. Viendo que esta cerrada con llave y que no cede, se dirige por el corredor hacia la ventana que da al tejado interno, por donde vimos pasar a su criado pocos momentos antes.

Lorenza se despierta, de repente, como si hubiera recibido un llamado o una orden; se envuelve en su capa, y corre hacia la puerta. Da vuelta la llave, y sale de la alcoba en el mismo instante en que Cagliostro va entrando por la ventana.

Lorenza se escapa por el corredor hacia la escalera y baja precipitadamente. Cagliostro corre detrás de ella.

Lorenza sale a la calle, andando como una sonámbula. Cagliostro, casi corriendo, sigue persiguiéndola.

Cada vez que Cagliostro aprieta el paso para alcanzarla, Marcival levanta la mano y Lorenza acelera también su marcha.

Lorenza llega a la esquina de la calle en donde, detrás de una puerta, Marcival está al acecho.

Los tres personajes se encuentran. Lorenza, como si no viera nada, en tanto que Cagliostro y Marcival, frente a frente, se traspasan con los ojos.

Marcival hace un signo a Cagliostro y los tres personajes se dirigen hacia la casa del mago.

\*\*\*

Llegados a la casa, Cagliostro indica la puerta del salón a Marcival, toma a Lorenza por el brazo y la conduce a su alcoba. Lorenza obedece sin resistencia.

La puerta que une la habitación de Lorenza con el laboratorio de su esposo está abierta. Cagliostro sale por esa puerta y al pasar por su laboratorio deja el puñal sobre la mesa, dirigiéndose por el hueco de la chimenea hacia el salón en donde Marcival espera.

Hundido en un sillón y en sus pensamientos, Marcival parece estar lejos del mundo, con la mirada perdida en el cielo, prendida en el espacio como un broche de diamantes.

\*\*\*

Lorenza pasea una mirada por el laboratorio de Cagliostro. Sus ojos brillan al ver sobre la mesa el puñal que brilla tanto como sus ojos.

Una súbita decisión aparece en su mirada. Corriendo atraviesa su alcoba, entra en el gabinete del mago, coge el puñal y con una energía feroz se lo entierra en el corazón.

Cagliostro y Marcival, que ignoran lo que pasa dos piezas más allá, discuten agriamente.

La voz de Marcival repite con firmeza, pero sin violencia:

—Exijo que salgáis de París.

—Yo no tengo que dar cuenta de mis actos a nadie.

—Sí, debéis dar cuenta de vuestros actos —responde Marcival—. Ha sonado la hora de vuestro castigo. Alguien ha seguido tus pasos, alguien ha contado tus faltas, ¡oh hermano descarriado!, y ha visto que te servías del secreto y de su poder para turbar las leyes de la naturaleza y saciar tus ambiciones personales. Serás castigado.

Cagliostro sonrío altanero, y responde:

—¿Quién sois vos? Yo no os conozco, y me río de vuestras predicciones.

Marcival lo contempla tristemente, y desabotonando sus ropas:

—Giuseppe Bálamo, mira —y le muestra sobre su pecho una gran cruz blanca, con una corona de rosas en el medio.

Cagliostro, como vencido, deja caer los brazos, y exclama sordamente:

—¡El Gran Rosacruz!

Marcival se dirige hacia la puerta, silencioso, profundamente entristecido; sale del salón y sale de la casa.

\*\*\*

Al volver a sus habitaciones, Cagliostro entra en la alcoba de Lorenza, y se encuentra de golpe frente al horrible cuadro.

El cuerpo de su esposa yace sobre el suelo, en un charco de sangre.

El mago se queda como petrificado. Una mezcla de dolor, de desesperación y de cólera aparece en su rostro.

Se arrodilla y abraza el cuerpo de Lorenza; le acaricia la frente con una dulzura desconocida en su carácter. Bruscamente, soltando el cuerpo estalla en un grito sordo de rabia y de angustia:

—¡Ah, maldita criatura! ¿Por qué no me comprendiste, por qué no me amaste? Con tu amor yo habría cambiado la faz del mundo.

Ahora, ante el cadáver de su mujer, el mago, sintiendo despertarse toda su pasión de hombre, ahora que ya no es posible, sintiendo una ternura infinita que le desborda del pecho, comprende que hizo mal en dominar siempre su corazón y servirse fríamente, como de un simple instrumento, de la mujer que amaba. Porque en realidad la amaba; sí, la amaba.

Y ahora comprende, y ahora ve claro. Preparó todo para su triunfo; como el general en la batalla, no quiso olvidar ningún detalle; sólo olvidó el amor.

El amor, la única cosa indispensable, la única fuerza invencible, la única palanca que puede cambiar los mundos.

\*\*\*

*En el salón de la marquesa Eliane de Montvert.*

(Un salón más o menos como todos los grandes salones de la época, es decir, con un poco más de gusto que la mayoría de los salones de hoy, y con algunos muebles que harían la delicia y la fortuna de más de un anticuario.)

Marcival y Eliane parecen estar lejos del mundo, fuera de los límites de nuestra atmósfera, entre quién sabe qué astros desconocidos para nosotros, cogidos por el encanto de una charla íntima, llena del calor de esas dos almas privilegiadas, nacidas para entenderse.

—Comprendo perfectamente todo lo que me habéis dicho —exclama la joven marquesa—; me he habituado a vuestra manera de ser y de pensar, y mi único deseo es ser vuestra colaboradora, vuestra compañera en la obra que habéis emprendido.

—Tengo tanta confianza en vos como en mí mismo —responde Marcival—. Vuestro espíritu se ha abierto al sol como una flor de aurora, y cuando el espíritu se abre verdaderamente, no se vuelve a cerrar jamás.

Eliane coge las manos de su amigo, y las besa con ternura.

—Entonces —dice él—, unidos como dos almas, unidos como dos sombras, unidos para toda la vida y para la eternidad. Unidos, mi buena amiga, para la realización de nuestra grande obra. Es, tal vez, una lucha inexorable. La Magia Negra es muy fuerte, y como no retrocede ante nada, ella tiene más recursos que la Magia Blanca.

—Poco importa; triunfaremos; trabajaremos hasta limpiar el mundo de todos esos sabios descarriados, de todas las sectas y todos los cultos engañosos. ¡Oh, qué placer, amigo mío, cuando pienso que podré seros útil; que yo seré vuestra ayuda, la amiga de confianza de vuestra alma!

Sus manos se unen y se estrechan como para sellar un juramento sobre el mundo.

Sobre una mesa arreglada en forma de catafalco, cubierta de terciopelos negros, yace el cuerpo de Lorenza entre cuatro cirios encendidos.

¡Qué tristeza ver ese cuerpo magnífico, hace sólo unas horas tan lleno de vida, ahora tan lleno de muerte!

En un rincón de la pieza, sentado en su sillón, Cagliostro, con la cabeza entre las manos, acompaña el cadáver de su mujer.

El mago parece sumido en un triste sueño, como aplastado por su dolor, su dolor que gira en cien molinos en su cabeza, en su pecho, en sus venas.

La campanilla que se encuentra en lo alto del muro sobre la chimenea del laboratorio se agita suavemente. Cagliostro, sumergido en su meditación, parece no oírla.

La campanilla vuelve a llamar varias veces y con mayor violencia.

El mago levanta la cabeza como si se despertara, se pone de pie y se dirige, pesado y lento, hacia el laboratorio, que es la pieza contigua.

Llega junto a la chimenea, y mira hacia afuera, por el pequeño triángulo abierto en el muro.

Con un movimiento del pie pone en juego el resorte, y la pantalla de la chimenea se levanta, dando paso a Albios, que dice:

—Tres personajes desconocidos aguardan en el salón.

—Albios, prepara todo para un largo viaje. Partiremos hoy mismo —murmura Cagliostro, dirigiéndose al salón.

\*\*\*

Los tres personajes misteriosos están sentados en el salón de Cagliostro, formando un semicírculo, en una actitud de tribunal.

Cuando el mago aparece, el que está sentado en el medio le señala una silla frente a ellos, y le indica que debe tomar asiento, como si se tratara de un acusado. Luego, tendiéndole un papel, deja caer secamente estas palabras:

—Sabéis, conde Cagliostro, que los que estarnos aquí presentes somos tres Maestros. Leed la sentencia de vuestro castigo. Veréis que se os acusa de prevaricación y de trabajar sólo persiguiendo ambiciones personales. Se os acusa de que, por el amor de una mujer, no habéis sabido guardar lo secretos, y que un documento importante ha sido entregado a las autoridades. Cinco de nuestros hermanos han sido arrestados y encarcelados en la Bastilla.

—Os juro que no es culpa mía —interrumpe Cagliostro.

El otro continúa:

—Supongo que no habéis olvidado vuestro encuentro con los rosacruces, allá en los subterráneos de nuestro viejo lagar, en un rincón de la Alsacia. Supongo que no habéis olvidado vuestros juramentos, ni las palabras de advertencia con que se os señaló vuestra labor. Vuestra falta es demasiado grave y la sentencia será en proporción.

Cagliostro acoge esta última frase en actitud resignada.

—Serás castigado —agrega el personaje—, y tu mujer será también castigada inexorablemente.

Al oír estas palabras, Cagliostro se levanta y dice:

—Un momento.

Sale del salón, penetra en la alcoba de Lorenza, coge el cadáver en sus brazos, y vuelve al salón, transportando el cuerpo amado, liviano para sus fuerzas hercúleas.

Viéndolo entrar, los tres personajes se levantan. Cagliostro murmura apenas:

—Llegáis demasiado tarde. La sentencia está ya ejecutada. El cuerpo de Lorenza cae de sus brazos sobre la alfombra.

Cagliostro levanta la cabeza, y en sus ojos vuelven a brillar su antiguo orgullo, la voluntad de hierro y una nueva esperanza nacida de una idea súbita.

Los tres personajes salen del salón con la misma actitud calmada y seca.

\*\*\*

En su laboratorio, Cagliostro amontona en el suelo sus papeles secretos, sus libros raros, sus manuscritos maravillosos.

Abre un armario, coge un frasco y vierte el contenido sobre los papeles. Una llama se levanta, consumiendo todos sus tesoros, consumiendo el último gesto de angustia que quedaba en sus ojos, como si quisiera borrar todo un pasado tempestuoso.

—Nadie sabrá jamás lo que yo he sabido —exclama el mago.

Luego llama a Albios.

—Dame el Elixir de Vida y la preparación que acabo de componer para resucitar a los muertos.

—¿Creéis posible, señor?...

—Todo es posible.

Albios se dirige al armario, saca dos frascos. Sobre uno de ellos puede leerse: «Elixir de Vida», y sobre el otro: «Vita Mortis».

Cagliostro recibe ambos frascos de manos de Albios, y los guarda bajo su capa.

—Lejos muy lejos, empezaremos una vida nueva.

—Quiera el cielo que sea posible —responde Albios.

Las llamas se elevan, dando a sus rostros un reflejo doloroso y trágico.

Ante la puerta de la casa, la carroza del mago espera. La misma carroza negra, de forma casi funeraria, que vimos aparecer en medio de una tempestad, en el primer capítulo de este relato.

Albios arregla las valijas y cambia algunas frases con el cochero, algunas frases indispensables para llenar el tiempo y el espacio; el espacio que los separa a ambos, y el tiempo que los separa de la llegada de Cagliostro.

Cagliostro aparece en el umbral de la puerta, llevando en sus brazos el cadáver de Lorenza.

Desciende la escalinata, y sube en la carroza. Albios salta detrás de él, y el carruaje parte al trote pesado de sus caballos históricos.

Detrás, la casa arde. Grandes llamaradas van devorando todo, y un humo negro sube al cielo.

Delante, una larga ruta se extiende hasta el horizonte.

La carroza llega al fondo del camino. En la lejanía, la pequeña lumbrera del respaldo muestra su ojo en forma de almendra.

Una nube cae lentamente hasta el suelo. El gran mago se pierde a los ojos del mundo, detrás de esa nube misteriosa.

\*\*\*

¿Qué pasó después? ¿A dónde fue a refugiarse? ¿Pudo vencer a la muerte? ¿Vive aún con los suyos en alguna parte?

FIN

# Pequeño Dios Editores

DE LA MISMA SERIE

1. *Cagliostro*

Vicente Huidobro

2. *Papá o El Diario de Alicia Mir*

Vicente Huidobro

3. *La Próxima*

Vicente Huidobro